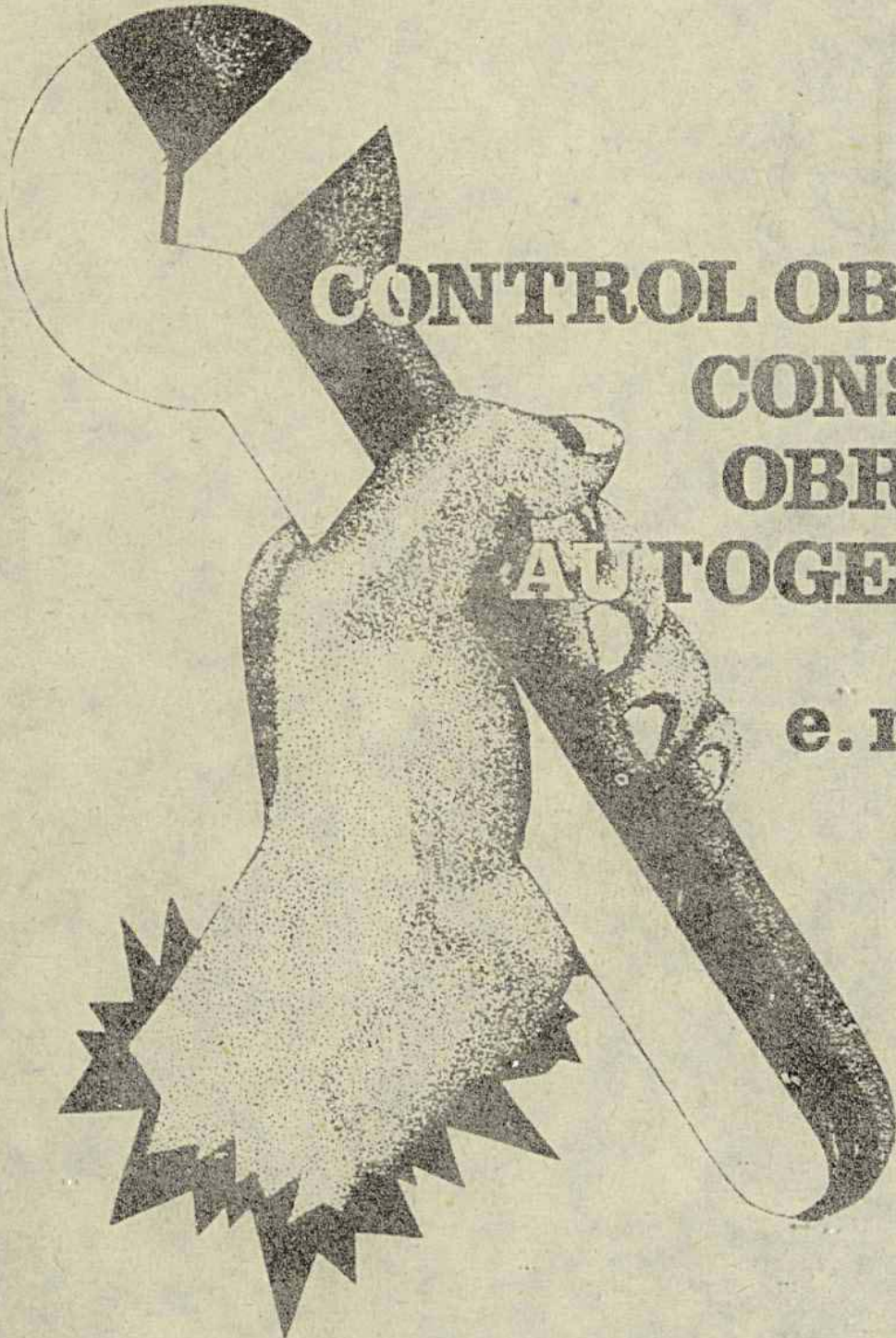


CEDIDO POR TOMI SERRA

Nº 5



**CONTROL OBRERO
CONSEJOS
OBREROS
AUTOGESTION**

e. mandel

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
ECONOMICAS Y SOCIALES
CEJOC
DIPOSIT
E. Serra

Cuadernos de

COMUNISMO

cuadernos de
comunismo

**control
obrero
consejos
obreros
autogestión**

antología

e. mandel

5

LCR-ETA(VI)

1950
CONTENTS

Control
over
concessions
over
autogestion

1950

e. mandel
5

(IV-ETA-VI)

Introducción

La presente antología trata de presentar una visión de conjunto del movimiento de las ideas y las acciones que, desde hace casi un siglo, incita a los trabajadores a arrebatarse al Capital el poder sobre las empresas y a substituirlo por la organización de la clase obrera, en los sitios de trabajo, en tanto que poseedora del proceso de producción. Esta antología es ecléctica, puesto que reúne a la vez análisis teóricos y relatos de acciones revolucionarias de los trabajadores. No tiene la pretensión de ser completa. Los orígenes históricos de la idea de la organización de la economía basada en consejos obreros ("los productores asociados" como los llamaba Marx) no han sido escritos. Si empezamos con las citas de Marx y de Engels, de ninguna manera esto significa que no haya habido ancestros más antiguos de la idea de la autodeterminación y de la autogestión de todos los productores¹. En cuanto a los sindicalistas revolucionarios, si están ausentes en esta antología, no es porque su contribución a la idea de los consejos obreros haya

1. Daniel Guérin (*L'anarchisme*, Paris, Gallimard, 1965, p. 52 y sigs.) se equivoca cuando ve en Proudhon al padre de la idea de autogestión. Owen y sus discípulos habían desarrollado esta idea mucho antes que Proudhon y no creemos que ellos hayan sido los primeros. En Febrero de 1819, los obreros ingleses del tabaco, después de once semanas de huelga, comenzaron a organizar la producción por su cuenta! (E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Pelican Book, Penguin Books Ltd., 1968 p. 869). Hay que agregar un ejemplo —sin duda tampoco el primero— de los obreros franceses del vestuario que en 1833 habían establecido el principio de no trabajar más que asociándose, eliminando a los patrones. Este ejemplo indica claramente cómo la idea de autogestión obrera puede tener quizás un origen precapitalista y corporacionista.

sido nula. Se debe a que sus contribuciones anteriores a la revolución rusa raramente se han generalizado en el plano teórico, más allá de la idea de la organización de la producción socialista por los sindicatos de industria, expresada sucintamente por Daniel De León. Después de 1917 se confunden con la idea de un sistema de consejos "construidos a partir de abajo", que encontramos expresados ampliamente —y mejor— por los *Radenkommunisten* de la escuela de Pannekoek y de Gorter, presentes en esta obra².

En la elección de los trozos de esta antología nos hemos guiado por dos consideraciones. En primer lugar, demostrar el carácter *universal* de la tendencia de los trabajadores a apoderarse de las empresas y a reorganizar la economía y la sociedad sobre la base de principios que correspondan a sus principios de autodeterminación. Enseguida, diseñar la evolución de la teoría de los consejos obreros, de acuerdo a una lógica interna, transformada por contradicciones internas de la teoría y determinada, en último análisis, por la evolución del propio sistema capitalista, así como por una autocrítica de las experiencias prácticas para sobrepasar este sistema.

Para subrayar el carácter universal del movimiento, hemos incluido deliberadamente en esta antología relatos —algunos poco conocidos por el movimiento obrero europeo— de experiencias de consejos obreros y de control obrero en diversos países fuera de Europa. Efectivamente, estas experiencias ya se han producido en otros continentes; y mientras redactamos este prefacio, nos llegan informaciones sobre la aparición del movimiento por el control obrero en Austra-

2. Cf. ej. Rudolf Rocker, *Die Prinzipienklärung des Syndikalismus*. Existe una literatura francesa bastante amplia, anterior a 1914, sobre la organización de la producción por los sindicatos, después de la revolución social. Ver por ej. Charles Albert y Jean Duchène, *Le socialisme révolutionnaire*, París, Editions de la Guerre Sociale. Ya nadie recuerda hoy día que aún Jean Jaurès preconizó (en la *Revue Socialiste*, de Agosto de 1845) una idea similar de autogestión de las ramas industriales, organizadas en sindicatos que eligiesen a sus propios jefes, capataces, consejeros, etc. Pero Jaurès atempera esta idea de autogestión sindical con la creación de un organismo económico supremo, que él llama "consejo central de la economía", con representantes elegidos por los sindicatos (consejos federales) de todas las industrias, y representantes directos de toda la nación, elegidos por sufragio universal.

lia y en Canadá. En Ceylán, los obreros y los empleados de la Sociedad Nacional de Pescadores, después de una huelga victoriosa, expulsan a los directores y administran la empresa durante largas semanas. ¿Es necesario recordar también que en el curso de la huelga general más vasta que haya conocido Argentina, la de 1964, alrededor de tres millones de obreros habían ocupado 4.000 empresas, y ellos mismos habían empezado a organizar la producción? Una película emocionante, "La Hora de los Hornos", se consagró a este pináculo de la lucha de clases en América del Sur³.

Hemos preferido citar estos ejemplos, más bien que enumerar todas las experiencias europeas que, algunas veces, no son más que la imitación de lo que se verificaba en los países vecinos. Así la antología incluye relatos de experiencias de consejos obreros y de control obrero en Canadá, Estados Unidos, China, Bolivia e Indonesia, pero omite las experiencias austríacas, polacas o finesas que fueron prácticamente iguales a los modelos alemanes y rusos en el período 1918-1919.

En cuanto a la evolución de la doctrina sobre el control obrero, la gestión obrera y el poder obrero, aparece con toda su plenitud y con todas sus contradicciones en las páginas de los principales teóricos que citaremos ampliamente. Esta introducción la hemos dedicado a una revisión crítica de esta evolución.

I

Toda lucha de conjunto de los trabajadores, que desborde objetivos inmediatos y estrictamente corporativistas, plantea el problema de las formas de organización de la lucha que tienen, en embrión, una impugnación al poder capitalista.

El ministro prusiano Puttkammer no estaba equivocado cuando pronunció la famosa frase: "Cada huelga encierra la hidra de la revolución".

3. Cf. sobre experiencias de ocupación de fábricas en otro país sudamericano: *Las Tomas de Fábrica*, Bogotá, Centro Colombiano de Investigaciones Marxistas, Ediciones Suramerica, 1967

Una huelga puramente profesional tiende sólo a un reparto más favorable, desde el punto de vista de los que venden la fuerza de trabajo, del nuevo valor que han creado, entre ellas y el patrón que se apropia de una parte de él. Pero aún una huelga de ese carácter, si es conducida con energía y combatividad, pone en discusión sectores del poder capitalista. Ella trata de impedir que el patrón compre "libremente" la fuerza de trabajo, es decir, que éste imponga a los trabajadores una competencia mutua, de modo que no puedan defenderse contra el poderío financiero del Capital, más que trascendiendo la competencia en el seno de su clase. Trata de impedir que el patrón se introduzca en "su" empresa, como así la siente; esta es la condición para el éxito de toda huelga. Por lo mismo discute el derecho de la burguesía —colectivamente del Estado burgués— a controlar los caminos y la circulación. Esta función la desempeñan los piquetes de huelga, que constituyen "la policía de tránsito de los huelguistas" en los alrededores de la empresa en huelga, ocupando el lugar y la función de la policía burguesa.

Pone en duda igualmente la ideología burguesa reinante (incluido el derecho burgués), revelando que aún el Estado burgués más "liberal" cuando defiende principios abstractos como "la libertad de trabajo" o "el derecho a circular libremente" (por los caminos de acceso a las fábricas), lejos de proclamar su "neutralidad" o su rol conciliador en la lucha de clases, interviene activamente en ésta, del lado del Capital y contra el Trabajo. Pues la huelga es la afirmación de los trabajadores de su derecho a luchar contra "la libertad de explotación" y de combatir para obtener el control de la mano de obra por la colectividad de los propios trabajadores. La ideología dominante, por lo demás no es únicamente burguesa, es también contradictoria. Al proclamar la "libertad de trabajo", prohíbe a la mayoría de los trabajadores en huelga el ejercicio del derecho a no trabajar en condiciones que no les conviene, sin garantizarles al mismo tiempo la posibilidad de trabajo permanente (el pleno empleo). La "libertad de trabajo" no es por lo tanto más que la libertad del Capital para comprar la fuerza de trabajo cuando mejor le parece y en las condiciones que le convienen, como también el conjunto de condiciones sociales, jurídicas e ideológicas que "obligan" al trabajador a vender su fuerza de trabajo en las condi-

ciones antedichas. Todos sus verdaderos derechos son pisoteados, y el "único derecho" que le queda, es el de no morir de hambre.... ¡cediendo a las condiciones del Capital!

Pero esto que no es más que potencial, presenta en embrión, en una simple huelga profesional, la tendencia a afirmarse más claramente a medida que la huelga se extiende. Que se pase de una huelga en una sola empresa a una huelga en toda una rama industrial de vital importancia; que se pase de ésta a una huelga general local, regional y sobre todo nacional; que se transforme de una huelga en cuyo curso los trabajadores dejan la empresa en una huelga con ocupación de fábricas, talleres y oficinas; y que la huelga con ocupación pasiva evolucione finalmente hacia la huelga con ocupación activa (en la que los trabajadores comienzan a reanudar el trabajo bajo su propia dirección): y todo el potencial de impugnación del simple "conflicto de trabajo" se desarrolla hasta sus últimas consecuencias: una prueba de fuerza para determinar quién debe ser el amo en la fábrica, en la economía y en el Estado: la clase obrera o la clase burguesa.

En la organización que se dan los trabajadores para conducir el combate con el máximo de posibilidades de éxito aparece más claramente este "contrapoder" embrionario producido por la huelga. Un eficiente comité de huelga, por poco que la huelga sea suficientemente amplia y larga, y llevada con la suficiente combatividad, se verá obligado a crear en su seno y entre los huelguistas comisiones responsables para la recolección y distribución de los fondos de ayuda; para la distribución de los alimentos y las ropas a los huelguistas y a sus familias; para la vigilancia de los accesos a la empresa, para la organización de la recreación de los huelguistas; para la defensa de su causa ante la opinión pública obrera; para la búsqueda de información sobre las intenciones del adversario, etc. Vemos allí los gérmenes de un poder obrero que organiza departamentos de Finanzas, de Provisiónamiento, de las Milicias armadas, de la Información, de la Recreación y aún de los servicios confidenciales. Por poco que la huelga se active, un departamento de la Producción industrial, de la Planificación, es decir del Comercio exterior, se articula lógicamente con los departamentos mencionados arriba. Y

aún cuando no existe más que embrionariamente, el futuro poder obrero manifiesta ya la tendencia que le es peculiar, a saber: buscar la asociación del máximo de participantes en el ejercicio del poder, sobrepasar en lo posible la división social del trabajo entre administrados y administradores, que le es propia al Estado burgués y a todos los Estados que han defendido los intereses de las clases explotadoras en la historia.

A partir del momento en que nos encontramos frente a una huelga general local, regional y nacional, estos embriones de poder obrero, empiezan a germinar y a desarrollarse en todas direcciones. Aún bajo la conducción de dirigentes relativamente moderados, y de ningún modo revolucionarios, los comités centrales de huelga en una gran ciudad se ven obligados a comenzar a tomar en sus manos la organización del aprovisionamiento y de los servicios públicos⁴. En Liege, en Bélgica, durante las huelgas generales de 1950 y de 1960-61, la dirección de la huelga reglamentaba la circulación de automóviles en la ciudad, y le impedía el acceso a todo camión que no tuviese un salvoconducto del comité de huelga. La población, incluida la burguesía, reconociendo el poder de hecho, se inclinó y fue a las sedes de los sindicatos para obtener estas autorizaciones, lo mismo que en tiempos normales, uno se dirige a la Municipalidad. Ya no es más el estadio de germen; el embrión se ha desarrollado hasta el punto en que el nacimiento es posible.

Una huelga puede ser dirigida por un sindicato burocráticamente, es decir por funcionarios muy alejados de los lugares de trabajo, que van allí sólo de vez en cuando, a fin de tomarle el pulso a sus tropas. También puede ser dirigida por un sindicato democráticamente, es decir, sobre la base de asambleas de los miembros del sindicato en huelga, que tienen en sus manos la decisión sobre el desarrollo de su lucha. Pero la forma más democrática que se puede dar a la dirección de la lucha evidentemente es la de un comité de huelga elegido por la totalidad de los huelguistas, estén sindicalizados o no, y que acatan democráticamente las decisiones de las asambleas generales de los huelguistas convocadas regularmente.

4. Ver en esta antología los ejemplos de los comités de huelga de Seattle en 1918 y de Nantes en 1963. Ver Yannick Guin, *La Commune de Nantes*, Maspero, 1969.

En este último caso la huelga comienza a desbordar sus funciones inmediatas. Pues una organización tan democrática hace algo más que asegurar el triunfo de la huelga y la realización de los objetivos libremente elegidos. Comienza a liberar al obrero individual de una prolongada costumbre de pasividad, de sumisión y de obediencia en la vida económica. Comienza a rechazar el peso de las diferentes "autoridades" que lo aplastan en la vida diaria. Inicia por lo tanto un proceso de desalienación, de emancipación en el verdadero sentido de la palabra. De un ser determinado por el régimen económico y social, por el Capital, por las "leyes del mercado", por las máquinas, los capataces y otras cien "fatalidades", empieza a ser un individuo que se determina a sí mismo. Es por esto que todos los observadores acuciosos han constatado siempre explosiones de libertad y de verdadera "alegría de vivir" que acompañan a las grandes huelgas en la historia contemporánea.

Cuando se produce una huelga general, aunque sea local; cuando se constituyen comités de huelga democráticamente elegidos y apoyados por asambleas generales de huelguistas, no solamente en una empresa sino en todas las empresas de la ciudad (y *a fortiori* de la región, del país); cuando estos comités se federan y se centralizan, y crean un organismo que reúne regularmente a sus delegados, entonces nacen *consejos obreros territoriales*, célula básica del futuro Estado obrero. El primer "soviet" de Petrogrado⁵ no era más que esto: un consejo de delegados de los comités de huelga de las principales empresas de la ciudad.

II

Si toda huelga extensa, larga y combativa contiene en germen semejante poder de impugnación al poder del capital, es también evidente que se necesita mucho más para que este germen se desarrolle en cada oportunidad. Seamos más precisos: ¡Normalmente no se desarrollará en absoluto! Es que entre una contes-

5. Cf. El texto de Trotsky incluido en esta Antología.

tación potencial del régimen capitalista y su impugnación efectiva, no hay únicamente una diferencia de grado, de amplitud del movimiento, de número de huelguistas, de *impacto* de la huelga sobre la economía capitalista nacional, etc. Lo que separa a ambas, es el *nivel de conciencia* determinado de los trabajadores. Sin una serie de decisiones conscientes, ninguna huelga puede poner en discusión el régimen, ningún comité de huelga puede transformarse en soviét.

Vemos claramente una de las características fundamentales de las revoluciones socialistas y proletarias. Todas las revoluciones sociales del pasado llevaron al poder a las clases sociales que ya tenían en sus manos las principales riquezas del país. De modo que no hicieron más que formalizar una situación de hecho. La clase obrera, por el contrario, es la primera clase en la historia que no puede apoderarse de los medios de producción y de las riquezas nacionales más que en el momento en que se emancipa políticamente y conquista el poder. Sin derrocar el poder del Estado de la burguesía, no puede mantenerse por largo tiempo dueña de las empresas, no puede eliminar por largo tiempo el poder del Estado del Capital sin quitarle el dominio de los medios de producción material.

Ahora bien, el derrocamiento del poder del Estado de la burguesía exige una acción política deliberada y centralizada; la organización de una economía socializada y planificada reclama a su vez medidas conscientes, articuladas, coherentes. En pocas palabras, la revolución socialista, lejos de poder limitarse a un movimiento torrencial, elemental y espontáneo —movimiento que evidentemente se presenta en cada revolución popular, y sin el cual sería inconcebible una verdadera revolución socialista— constituye un conjunto de trastornos conscientes que se encadenan los unos a los otros, en el que la ausencia, aunque sea de un solo eslabón condena a toda la empresa a la derrota⁶.

6. La ausencia del desarme de la antigua Reichswehr en Noviembre-Diciembre de 1918 en Alemania; la ausencia de la distribución de tierras a los campesinos en la revolución húngara de 1919; la ausencia de la constitución de un gobierno central basado exclusivamente sobre organismos revolucionarios de poder, establecidos localmente y articulados, en España en 1936, etc. ...

Más generalmente, la revolución socialista que tiene la función de transformar a la inmensa mayoría de los trabajadores, de los explotados y de los oprimidos, de objetos en sujetos de la historia, de seres alienados en seres que forjan su propio destino, no se puede concebir sin una participación consciente de la masa en la empresa así comprometida. Tal revolución ya no puede realizarse más a espaldas de los interesados, tal como un plan económico no puede aplicarse "a espaldas" de los que manejan la economía.

Ahora bien, para que el germen de la dualidad de poder, que se presenta en cada huelga importante, larga y combativa, se transforme en una realidad plenamente desarrollada, es necesario todo un complejo de condiciones favorables que permitan a la conciencia de la clase proletaria experimentar una brusca mutación, dar un "gran salto adelante". Estas condiciones son bien conocidas. Son las que crean condiciones prerrevolucionarias: crisis objetiva del modo de producción (reforzada o no por crisis coyunturales de sobreproducción, llamadas hoy día "recesiones"); crisis del poder del Estado, y crisis en todos los principales dominios de la superestructura; desunión y fluctuaciones en el seno de la clase gobernante y del gobierno; descontento masivo entre las capas intermedias; larga acumulación de descontento y de aspiraciones no satisfechas en la clase revolucionaria; creciente confianza de los trabajadores en sus propias fuerzas, y, en consecuencia, creciente combatividad de su parte, lo que modifica las relaciones de fuerzas sociales en su favor, y a expensas de las capas dominantes, escaramuzas previas, que, en una serie de casos, terminan sin derrotas; fortalecimiento de una vanguardia (que, en esta etapa de situación prerrevolucionaria, no debe necesariamente tomar la forma de un partido revolucionario que ya goce de una influencia entre las masas)?

Cuando la mayor parte o todas estas condiciones se reúnen, una chispa cualquiera puede provocar la explosión. Las huelgas, en lugar de limitarse a formas tradicionales de lucha y a objetivos inmediatos y puramente profesionales, son llevadas hasta el borde

7. Cf. El papel desempeñado por los *révolutionäre Obleute* (hombres revolucionarios de confianza) de los metalúrgicos berlineses en la preparación de la revolución de noviembre de 1918 en Alemania.

de una dualidad de poder. Que este límite sea atravesado o no depende esencialmente de la conciencia de los obreros de vanguardia (ella misma función de varios factores, pero entre los cuales, con toda evidencia, juegan un rol importante la existencia de una organización revolucionaria y la educación sistemática que ella haya podido efectuar en las masas durante el período previo). Sucedió así en Rusia en 1905 y en España en 1936. No sucedió así en Italia en 1948 ni en Francia en 1968.

La manipulación de la conciencia (y aún del inconsciente) de los trabajadores por los capitalistas y el Estado que controlan los medios de información, decididamente es un tema de moda. Pero los marxistas no han tenido que esperar las revelaciones de Herbert Marcuse para darse cuenta de que la ideología de cada época es la ideología de la clase dominante. Así lo fue ayer, como también lo es hoy. El régimen capitalista no sobreviviría más allá de una semana si el conjunto de los trabajadores se liberasen globalmente de la influencia de la ideología burguesa y pequeño-burguesa. Sería precisamente embellecer al capitalismo de manera absurda proclamar la capacidad de los trabajadores para emanciparse integralmente de la influencia de esta ideología bajo la égida del Capital, que no sólo significa regir la escuela, la prensa, la radio y la televisión y el cine burgués, sino también y sobre todo el reino de la economía de mercado, de la sociedad de consumo universal, del sojuzgamiento por el trabajo asalariado, que es un trabajo forzado y alienado, y por el trabajo parcelario que no puede dejar de producir una "falsa conciencia" de la realidad social en la gran masa.

Esto le es propio a la dominación del Capital, lo que normalmente no ejerce a través de las relaciones de dominación exteriores de la vida cotidiana, relaciones de dominación políticas y violentas; no es sino en períodos de crisis aguda del régimen que debe la burguesía recurrir a estos medios de represión masiva para mantener su reinado. Normalmente, esta dominación se ejerce a través de las relaciones de mercado cotidianas, aceptadas por todos (inclusive por los proletarios) como evidentes e inevitables. Cada quien "compra" pan y zapatos, "paga" su arriendo y sus impuestos, y es de hecho obligado a "vender" su fuerza de trabajo (salvo si es propietario de un capital).

Aún los trabajadores que han comprendido, por medio del estudio, de la reflexión, de la educación política recibida, por su capacidad para sacar conclusiones generales de las experiencias de luchas parciales, que estas relaciones mercantiles capitalistas de ninguna manera son "evidentes" y "naturales", que son la fuente de todas las desgracias en la sociedad burguesa, que se puede y que se debe reemplazarlas por otras relaciones de producción, aún estos trabajadores están obligados, en la práctica de todos los días, a tolerar, a sufrir y reproducir relaciones capitalistas, si no quieren condenarse a vivir al margen de la sociedad⁸.

Por lo tanto, solamente en momentos relativamente excepcionales una lenta acumulación de resentimientos, preocupaciones, inquietudes, indignación, experiencias parciales e ideas nuevas pueden provocar bruscas conflagraciones en la conciencia de las masas trabajadoras (o a lo menos en una vanguardia de ellas, suficientemente amplia e influyente para estimular a sus capas determinantes). Bruscamente, las masas sienten por instinto que no es ni "normal" ni "inevitable" que mande el patrón, que las máquinas y las fábricas sean de otros y no de los que las hacen funcionar diariamente; que la fuerza de trabajo, fuente de todas las riquezas, sea rebajada al nivel de una simple mercadería que se compra como se hace con cualquier objeto inanimado; que los trabajadores periódicamente pierden salarios y empleos, no porque la sociedad produzca demasiado poco, sino porque produce demasiado.

Entonces tratan instintivamente de modificar *el fondo de las cosas*, es decir, la estructura de la sociedad, el modo de producción. Y cuando se dan cuenta del poderío inmenso que tienen, no únicamente por su número, su cohesión, por la fuerza colectiva que se desprende de su unión, sino especialmente por el poder que sienten cuando están solos en la fábrica, cuando todo el poder económico está al alcance de su mano, entonces lo que está presente potencialmente

8. Utilizamos este término en un sentido peyorativo, no en el sentido burgués. Para nosotros, llegan a ser asociados porque ya no participan más en un movimiento de emancipación de todos los explotados, sino que se contentan con la ilusión de una emancipación individual en medio de la explotación generalizada.

en cada huelga amplia y combativa, se afirma súbitamente de manera consciente.

Los trabajadores constituyen efectivamente un contrapoder. Sus consejos se arrogan, en efecto, prerrogativas de poder. Se integran de hecho en todos los problemas políticos, económicos, militares, culturales, internacionales del país. Oponen de hecho sus soluciones de clase a todas las soluciones de la burguesía. *Entonces aparece en la superficie un verdadero doble poder*, como en Rusia entre la revolución de febrero y la de octubre en 1917. En ese período los consejos obreros actuaron como un organismo de un poder de un nuevo Estado que estaba naciendo. Y entonces un enfrentamiento final —insurrección en el sentido político del término, cuyo grado de violencia depende de la resistencia del enemigo— decidirá la cuestión de saber quién saldrá victorioso: el viejo Estado burgués condenado a muerte por la historia (pero que puede sobrevivir todavía si la energía y la lucidez de los trabajadores desfallece en el momento decisivo, si éstos no poseen una dirección revolucionaria adecuada), o el joven Estado obrero ya en vías de nacer.

III

Toda huelga importante contiene en germen la lucha de clases impulsada hasta su más extrema consecuencia, a saber la impugnación del poder del capitalismo en la empresa, y de la clase capitalista en la sociedad y en el Estado. Es necesario que existan relaciones de fuerzas favorables para que esta lucha pueda desplegar toda su lógica. Pero los marxistas no son simples comentaristas de la vida socio-política. No se contentan con registrar las relaciones de fuerzas como algo dado e inmutable o evaluar simplemente las posibilidades de futuras modificaciones. Obran en un sentido preciso: tratan de modificar las relaciones de fuerzas entre el Capital y el Trabajo aumentando la confianza de los trabajadores en sus propias fuerzas, elevando su conciencia de clase, ampliando su horizonte político, reforzando su grado de organización y de cohesión, forjando una vanguardia revo-

lucionaria capaz de conducirlos a combates victoriosos.

Esto no significa, por supuesto, que los marxistas desconozcan los límites impuestos por las condiciones objetivas desfavorables para la transformación de organismos de auto-organización y de autodefensa de los trabajadores en organismos de doble poder, en determinadas circunstancias. Fue emocionante constatar que los trabajadores españoles, después de más de veinticinco años de facismo y de dictadura militar senil, hayan podido reencontrar por instinto formas de organización en sus lugares de trabajo, que se enlazan con las mejores tradiciones de la revolución española: *las comisiones obreras*⁹. Las direcciones moderadas y oportunistas del movimiento obrero español clandestino (incluida la del P. C. español) han tratado de transformar y legalizar estas comisiones en simples sindicatos, lo que por lo demás se corresponde con los objetivos y las preocupaciones de los patronos españoles. Los trabajadores españoles instintivamente han comprendido que en condiciones de dictadura directa del Capital, era inoperante la limitación de las actividades de estas comisiones, a reivindicaciones y acciones puramente económicas. Las comisiones obreras trataron, por la lógica de la situación, de convertirse en organismos representativos de autodefensa de los trabajadores en todos los terrenos. Se batieron tanto por reivindicaciones democráticas como por reivindicaciones materiales, tanto por la defensa de las víctimas de la represión y de la justicia de clases como por el reconocimiento de su derecho a negociar en nombre de todos sus compañeros de trabajo. Pero ellos no podrían llegar a ser organismos de doble poder, mientras la dictadura no estuviese a punto de ser derrocada por el poderoso impulso revolucionario de las masas.

La vanguardia marxista-revolucionaria no puede "provocar" situaciones prerrevolucionarias y aún menos revoluciones. Estas son el resultado de la concurrencia de una gran cantidad de cambios "moleculares", "subterráneos", de los cuales algunos solamente pueden ser directamente influidos por la acción consciente, otros, a lo más, pueden ser previstos, mientras que otros escapan a toda previsión exacta, por lo me-

9. Para las comisiones obreras, ver especialmente: *Le Comitati Operai Spagnole*, Turin, Mussoline Editore, 1969.

nos en el estado actual que conocemos. Por el contrario, la vanguardia revolucionaria puede y debe lograr preparar las condiciones propicias para que los trabajadores puedan abrir un camino hacia el socialismo, conquistando el doble poder en la culminación de un período prerrevolucionario, y haciendo culminar el período revolucionario en la conquista del poder.

Esta preparación se apoya en cuatro factores principales. En primer lugar la difusión en el interior de la clase obrera¹⁰ de temas programáticos que la capacitarán para actuar en un sentido determinado, cuando estalle una lucha generalizada. En seguida la educación de los militantes de vanguardia en las empresas, que encarnen ese programa, que capten bastante audiencia y consigan autoridad entre sus compañeros de trabajo para poder llevar la lucha para lograr la dirección de las masas cuando estalle un combate generalizado. Luego la reagrupación de los militantes en una organización nacional e internacional, en la que se fusionen con los trabajadores manuales e intelectuales, estudiantes, campesinos pobres revolucionarios, con los trabajadores de otras fábricas, regiones y países, sobrepasando así la estrechez del horizonte, inevitable para todo obrero que sólo conozca una experiencia de lucha limitada, neutralizando los efectos de la parcelación del trabajo y de la conciencia incompleta y por lo tanto falsa de lo que le corresponde, llegando gracias a una *praxis* revolucionaria universal, a una teoría que comprenda los problemas del imperialismo y de la revolución socialista en su conjunto y que pueda, por esto, perfeccionar la práctica y llevarla a un nivel de coordinación y de eficacia mucho más elevado. Por último, la capacidad de esta organización de vanguardia (o a lo menos de alguno de sus sectores) de sobrepasar el estadio de la propaganda y de la crítica literaria, para llegar a ser capaz de desencadenar acciones ejemplares, que muestren en la práctica a los trabajadores cuál es el sentido de la estrategia socialista revolucionaria que los marxistas oponen al reformismo y al neorreformismo de las organizaciones tradicionales burocratizadas del movimiento obrero.

10. Precisamos que utilizamos en este contexto el término "clase obrera" aplicándolo a todos los que venden su fuerza de trabajo y cuya actividad es indispensable para la producción y la realización de la plusvalía.

Esta estrategia de reivindicaciones transitorias —conocidas en Bélgica con el nombre de “reformas de estructura anticapitalistas”— trata de sacar las acciones de los trabajadores de una contradicción inherente al movimiento obrero, a lo menos en los países imperialistas, desde que existen organizaciones de masas. Por la fuerza de las cosas, las acciones de los trabajadores se encaminan siempre hacia objetivos inmediatos (reivindicaciones materiales; legislación social; conquista de derechos políticos; lucha contra represiones o golpes de Estado reaccionarios, etc.) La actividad de las organizaciones que se reclaman del movimiento obrero siempre se han centrado alrededor de objetivos inmediatos, a los que se agrega o no una propaganda abstracta por el “socialismo” (o “la revolución socialista”, o “la dictadura del proletariado”, etc.).

Así, el *objetivo histórico* a alcanzar por el movimiento obrero siempre ha estado *separado de las luchas prácticas cotidianas*, y esto vale tanto para todos los reformistas de la antigua o de la nueva hornada (para quienes, para parafrasear una expresión célebre de Bernstein, los objetivos inmediatos lo eran todo y el objetivo final no era nada), como para los “extremistas de izquierda” más radicales, que rechazan con desprecio toda lucha por objetivos inmediatos, y no aceptan la validez de la lucha que tiene por objetivo “la conquista del poder” (o “la conquista de las empresas” o “la destrucción del Estado”, etc.). Además en la práctica, estas dos actitudes se unen, puesto que tienen como resultado separar radicalmente la lucha cotidiana real de los trabajadores y el objetivo de derrocamiento del capitalismo.

La estrategia de las reivindicaciones transitorias trata de remontar esta dualidad y con este fin, parte de una comprobación. Lo que hasta ahora ha facilitado la supervivencia del régimen capitalista es el hecho que las reivindicaciones inmediatas, aún las más radicales, se integraban perfectamente en este régimen, se podían realizar sin “impugnación global” de este modo de producción, en la medida en que ellas no ponían en discusión la base misma: la dominación del capital sobre las máquinas y el trabajo.

Por supuesto, saber hasta qué punto el capitalista resistirá antes de conceder tal o cual aumento de salarios, permitir nuevamente el libre ejercicio del derecho a huelga o a la libre negociación de los sala-

rios, depende esencialmente de la coyuntura económica, de la gravedad de la crisis estructural que sacude al capitalismo en declinación. Pero cualquiera que sea la gravedad de sus contradicciones internas, ninguna de estas reivindicaciones es a la larga inasimilable y mortal para el régimen, que preferirá concederlas si se ve enfrentado a un movimiento de una amplitud tal que su propio poder arriesgue serle arrancado. Efectivamente dispone de mil medios para desarmar el contenido (explosivo para su economía) de estas conquistas, precisamente si él conserva el poder.

Pero si, partiendo de las preocupaciones inmediatas de los trabajadores, se formulan reivindicaciones que *no son integrables* en el régimen, si los trabajadores están completamente persuadidos de la necesidad de luchar por estas reivindicaciones, entonces se produce una fusión entre la lucha por objetivos inmediatos y la lucha por el derrocamiento del Capital. Puesto que en estas condiciones, la lucha por reivindicaciones transitorias llega a ser por su propia lógica una lucha que pone en discusión los fundamentos mismos del Capital, en la que el Capital no puede dejar de oponer una tenaz resistencia. *Y la lucha por el control obrero es el ejemplo más típico de la lucha por una reivindicación transitoria.*

IV

Antiguamente la lucha de clases cotidiana se centraba sobre los problemas de repartición, entre el Capital y el Trabajo, del nuevo valor creado por el Trabajo. Las reivindicaciones políticas que se le agregaban (como la lucha por el sufragio universal) tenían la función de proporcionar instrumentos de lucha suplementarios, con el objeto de mejorar esta repartición en favor de los trabajadores (arrancándole una "legislación social", etc.). Solamente en un período de crisis agudas se planteaba el problema de la "socialización" de algunas ramas de la industria (como por ejemplo inmediatamente después de la primera guerra mundial), menos por razones resultantes de la

experiencia de los trabajadores en lo que concierne al funcionamiento o al no funcionamiento de esas ramas industriales, que en función de consideraciones políticas generales.

En el curso de los últimos decenios, el eje de la lucha de clases se ha desplazado progresivamente en otra dirección, no a causa de una agitación o de una conspiración maligna de los marxistas, sino por la evolución del propio modo de producción capitalista. Por una parte, la tercera revolución industrial implica una reducción del ciclo de reproducción del capital fijo, una aceleración del ritmo de innovación tecnológica. Esto entraña la necesidad, para los trust monopolistas, de planificar exactamente la amortización del capital fijo y la acumulación de nuevos capitales, es decir efectuar una planificación de los costos (incluidos los costos salariales) y tender hacia una "programación económica" nacional y aún internacional. Por otra parte, el régimen capitalista, más debilitado a escala mundial inmediatamente después de la segunda guerra mundial de lo que lo estaba después de la primera, no puede darse el lujo de asistir pasivamente a las crisis catastróficas de sobreproducción de la clase de la de 1929-1932. Por lo tanto está obligado a hacer jugar todo un registro de técnicas anti-crisis, que se basan esencialmente sobre la inflación monetaria y el crédito.

Estas dos tendencias modifican profundamente las condiciones en las que se desarrollan las escaramuzas tradicionales entre el Capital y el Trabajo, en el marco de la democracia burguesa parlamentaria. Los trust monopolistas tratan de evitar, casi a cualquier precio, las huelgas e integrar, con este objetivo, los aparatos sindicales en los organismos estatales que tienen la función de "planificar" los salarios, como ellos "planifican" el crecimiento económico" (política de remuneraciones, programación social, política "de guía" en materia de salarios, etc.). Cuando la autoridad de los aparatos sindicales es remecida por una aplicación a largo plazo de estas prácticas, el castigo a las "huelgas salvajes" es indispensable para mantener la eficacia momentánea del sistema". Por lo demás, cuando existe un clima económico general

11. ¡Ver el encarnizamiento con el que el "socialista" Wilson defendió este castigo!

de inflación coincidente con transformaciones tecnológicas rápidas, la atención de los trabajadores se desplaza inevitablemente hacia cuestiones de organización del trabajo, de modos de remuneración, de ritmos de la cadena, de seguridad de empleo, de orientación de las inversiones, tanto más cuanto que se crea la impresión (no siempre justificadamente por lo demás) de que, en condiciones de pleno empleo o de casi pleno empleo, las reivindicaciones salariales serán satisfechas de todas maneras.

Este desplazamiento es tanto más notable cuanto que la tercera revolución industrial hace estallar otra contradicción suplementaria del capitalismo en el terreno social. Tiende a reducir cada vez más el margen de la mano de obra, del trabajo no calificado y puramente repetitivo, en el proceso de producción. Por lo tanto reclama una fuerza de trabajo más calificada, más preparada, con una educación más elevada que antiguamente (aunque esta sea una enseñanza muy parcelada e inferior a las posibilidades y a las necesidades objetivas de las ciencias contemporáneas). Pero los trabajadores que tienen esta formación superior se encuentran bruscamente precipitados en una empresa en la que todas las técnicas sutiles de "relaciones humanas", de "delegaciones de poder", y de "formación de lazos de comunicación informales" no pueden disfrazar el hecho que las relaciones Capital-Trabajo son relaciones jerarquizadas al extremo, relaciones entre los que mandan y los que sólo tienen que obedecer.

Así, el centro de gravedad de la lucha de clases se desplaza desde los problemas de repartición de la renta nacional hacia los problemas de organización del trabajo y de la producción, es decir hacia el problema de las propias relaciones de producción capitalista. Que se trate en efecto de disputar al patrón el derecho a fijar el ritmo de la cadena o de disputarle el derecho a escoger la ubicación de una nueva fábrica; que se trate de discutir el tipo de productos fabricados en una industria o de querer oponer a los capataces o a los "jefes" designados, compañeros elegidos por sus camaradas de trabajo; que se trate de que los trabajadores impidan todo despido o toda reducción del volumen de empleo en una región, o de calcular por sí mismas el costo de vida; todos estos esfuerzos, en último análisis, llegan a una sola y única

conclusión¹²: el Trabajo ya no acepta más que el Capital sea el amo de las fábricas y de la economía. Ya no acepta más la lógica de la ganancia. Trata de reorganizar la economía sobre la base de otros principios —los principios socialistas que correspondan a sus propios intereses.

Las capas más inteligentes del capitalismo están perfectamente conscientes del peligro que temen para el régimen en su conjunto, de esta rebelión instintiva de los trabajadores contra las relaciones de producción capitalistas¹³. Ellas comprenden también que esta rebelión tiene el riesgo de fusionarse con la propaganda, la agitación y la acción de la vanguardia revolucionaria en favor del control obrero, y que esta fusión arriesga hacer saltar el régimen. De esta manera ellos se esfuerzan por canalizar y desviar esta rebelión (con la ayuda de los aparatos sindicales) en una dirección de *colaboración* y *no de impugnación* de clases. Este es el sentido de toda la propaganda por las ideas de "participación" de la "Mitbestimmung", de la "co-gestión", que hoy son avanzadas por importantes fracciones de la burguesía europea (y mañana japonesa y norteamericana). En general, las fórmulas utilizadas son bastante claras para permitir la distinción con las reivindicaciones transitorias. La confusión sólo se produce cuando el ala izquierda de los aparatos sindicales se apodera a su vez de la consigna de control obrero, para darle un contenido totalmente diferente del que le dan los marxistas revolucionarios.

La diferencia fundamental entre las ideas de "participación" y de "co-gestión" por una parte, y el concepto de control obrero por la otra, se puede resumir así: El control obrero rechaza toda responsabilidad

12. En las fábricas Pirelli (Milán) los trabajadores han modificado unilateralmente los ritmos de producción. En las fábricas Fiat (Turín) se han realizado tentativas para impedir la modificación de los tipos de producción por el patrón (substitución de automóviles de lujo por automóviles populares). Aquí surgió además, un consejo obrero a comienzos de 1970. La cuestión del derecho a veto contra reducciones del volumen de empleo ha sido ampliamente propagada en Bélgica, etc.

13. Un capitalista inteligente, Bloch-Lainé, lo comprendió en 1963, indicando que la insatisfacción de los trabajadores, por el hecho de su alienación en tanto que productores, podía desembocar en verdaderas rebeliones, al primer debilitamiento de la coyuntura (*Pour une réforme de l'entreprise*, Paris, Editions du Seuil, 1963, p. 25).

de los sindicatos o (y) de los representantes de los trabajadores en las empresas; reclama un *derecho a veto* para los trabajadores en toda una serie de dominios que conciernen a su existencia cotidiana en la empresa o durante su trabajo. El control obrero rechaza todo secreto, toda "apertura de los libros de contabilidad" solamente ante un puñado de burócratas sindicales seleccionados cuidadosamente; por el contrario reclama la publicidad más amplia, más integral, de todos los secretos que los trabajadores puedan descubrir, no solamente examinando la contabilidad de los patrones y las operaciones bancarias de las empresas, sino también y sobre todo confrontándolas, todas, con la realidad económica que ellas cubren. El control obrero rechaza toda institucionalización¹⁴, toda idea de convertirse, aunque sea por un período transitorio, en una "parte integrante" de la forma de funcionamiento del sistema; pues sus protagonistas comprenden que su integración implica necesariamente su degeneración en un instrumento de conciliación entre las clases.

Aquí no se trata de una toma de posición dogmática, que revela prejuicios pasionales e irracionales. Se trata por el contrario, de una conclusión lógica que se desprende del análisis de las tendencias profundas del capitalismo contemporáneo, examinadas desde el punto de vista de la lucha de clases.

El capitalismo contemporáneo trata especialmente de controlar todos los elementos indispensables para una reproducción ampliada ininterrumpida del capital. Ese es el sentido profundo de la fórmula:

14. Es en este punto que diferimos de André Gorz, quien ha defendido en *Stratégie ouvrière et néo-capitalisme* (París, Editions du Seuil, 1964, pp. 116-117) una concepción gradualista del control obrero, con objetivos "escalonados" y la idea de una sucesión de reivindicaciones intermedias realizables, que abrirían un "camino practicable" hacia el socialismo. Esta concepción subestima la necesidad de una movilización revolucionaria de las masas del tipo de la de Mayo de 1968, para hacer posible la conquista del control obrero, la existencia de lazos estrechos entre semejante movilización, y la cuestión del poder político que ella plantea inevitablemente y la imposibilidad de mantener en forma duradera el "equilibrio", como dice Gorz, entre el movimiento obrero y el capitalismo, que en realidad no es un punto de equilibrio sino una situación de doble poder extremadamente inestable y frágil.

"programación económica" "el plan anti-azar", u otros *slogans* expresando a su manera las nuevas servidumbres que se desprenden, para el Capital, de la reducción del ciclo de reproducción del capital fijo. Poco le importa, por lo tanto, que algunos obreros vean aumentar sus "derechos" en tal o cual fase particular del proceso de producción, previendo que el control del Capital sobre el proceso de reproducción en su conjunto se mantenga, se consolide y se refuerce.

Mejor: mientras sectores determinados de la clase obrera acepten asociarse a la gestión de "su" fábrica particular, incluso con paridad de voto, incluso por el atajo de la "participación en las ganancias", no podrán asumir los "intereses de la empresa" frente a sus competidores, es decir aceptar que la concurrencia capitalista se reintroduzca en el interior de la clase obrera, y por lo tanto aceptar también desarmarse ante los efectos objetivos de esta concurrencia, cuando ella golpea a esta empresa particular.

Todo esto sólo puede servir a los intereses de la lucha de clases capitalista, en la presente etapa del capitalismo, aún si esto implica un abandono a los "principios" que la burguesía no estaba dispuesta a abandonar antiguamente, cuando la solidez general de su sistema, y de relaciones de fuerza globales más favorables, no hacían necesarios ni útiles tales "sacrificios".

La clase obrera, por el contrario, no puede aceptar, a riesgo de una abdicación creciente que amenaza a corto plazo con una parálisis total, que el principio de la competencia sea llevado desde el mercado capitalista y desde la sociedad burguesa al seno de su propia organización y conciencia de clase. Ella trata de llevar la evolución económica en el sentido inverso: trasladar al interior de la organización económica los principios de asociación, de cooperación y de solidaridad, que ha experimentado, en primer lugar, en sus propias organizaciones. Muy lejos de aceptar la "co-gestión" que la condena a esta fragmentación de sus fuerzas, debiendo los obreros de cada empresa ser solidarios con la "empresa", es decir con el patrón, ella le opone el principio del "control obrero", en el que el aumento de la rentabilidad individual de las empresas es negado en nombre del principio de la solidaridad colectiva.

"Independientemente de la "rentabilidad" de tal o cual fábrica, rechazamos los despidos y la desocupación. *Independientemente* de los "intereses de la racionalización" rechazamos la aceleración de los ritmos. *Independientemente* de la "necesidad de aumentar la productividad", rechazamos la atomización de los trabajadores dentro de la empresa, que sería el resultado de la introducción de nuevos sistemas de remuneración": tal es el espíritu del control obrero que hay que difundir entre las masas obreras. En este sentido bien preciso hay que oponer la propaganda para el control a las trampas y a los cantos de sirena de la "co-gestión".

¿Es una actitud "irracional" desde el punto de vista económico? En absoluto: la base materialista de esta actitud es la convicción —confirmada por la teoría económica— que la rentabilidad *global* de la economía nacional (o internacional) es superior a la suma de las "rentabilidades individuales", por poco que un sistema de planificación democráticamente centralizado funcione con un mínimo de eficacia.

¿Es una actitud utópica esperar que sea adoptada una orientación semejante por masas obreras cada vez más amplias "fuera de las crisis revolucionarias"? Esta objeción disfraza una concepción no dialéctica del desarrollo desigual de la conciencia de la clase obrera. Ella presupone una correspondencia mecánica entre las convicciones y las acciones de las masas trabajadoras. En realidad, para que grandes masas obreras sean capaces de batirse inmediatamente por el control obrero, durante una gran explosión de la lucha, es necesario que se hayan familiarizado previamente con una consigna, y con toda la lógica que encierra, durante toda la fase anterior a esta explosión. Y tal preparación nunca será adecuada si se limita a la propaganda literaria, y si no se esfuerza, por lo menos ocasionalmente, por pasar de la propaganda a la agitación, y a la tentativa de transmitir esta consigna al cuerpo de los objetivos que persiguen por medio de combates parciales, desencadenados por sectores de la vanguardia. La experiencia práctica que se obtiene en estos combates, su efecto pedagógico sobre masas más amplias, el entrenamiento en el manejo de esta orientación completamente nueva que ellas implican, todo esto constituye una etapa indispensable de la maduración de la conciencia de clase revolucionaria.

Esto evidentemente no significa que en un período de "calma", la agitación y la acción puedan ser desencadenadas a la ligera alrededor de esta consigna explosiva. Esto significa simplemente que una vanguardia revolucionaria digna de este nombre debe seguir con la mayor atención el impacto de su propaganda por el control obrero en sectores avanzados de la clase obrera y, desde que constata que ha encontrado eco y que los trabajadores en mayor cantidad comienzan a actuar por sí solos en ese sentido, es su deber no descartar sino buscar, por el contrario, una experiencia parcial de agitación y de acción. Después de todo, la "diferencia" entre un período de "calma" y una fase revolucionaria, ¿no podría remontarse precisamente a través del eco que provoca la lucha por el control obrero en una fábrica importante, a una ciudad o a una región?

V

Durante largo tiempo los reformistas han creído sinceramente que los gobiernos de coalición con la burguesía eran "una etapa" hacia gobiernos "puramente socialistas". La experiencia ha demostrado que estos gobiernos "obreros" funcionando en el marco del Estado burgués, y que no ponen en discusión los fundamentos mismos del régimen capitalista, no pueden dejar de defender los intereses de clase fundamentales del Capital. En realidad, los gobiernos de coalición fueron etapas hacia una integración de los "partidos obreros" en el Estado burgués, lejos de ser etapas hacia la "conquista del Estado burgués" por la clase obrera.

Pero esto que es válido para el Estado, lo es mil veces más claramente para la economía. La economía capitalista puede funcionar únicamente sobre la base de la búsqueda de la ganancia máxima. Toda "participación" de representantes de los trabajadores en la gestión de la economía en ese marco los obliga a "participar" en el esfuerzo continuo de racionalización, lo que especialmente implica la reducción periódica del volumen del empleo. Lejos de ser una etapa hacia la "conquista de las empresas", esta participación representaría simplemente una etapa final de in-

tegración de los sindicatos en el Estado burgués, de su transformación de un instrumento para la defensa de los intereses de los trabajadores contra la burguesía en un instrumento de defensa de los intereses de la sociedad burguesa contra los trabajadores.

La idea de una conquista gradual de la "democracia económica" sin derrocamiento previo del poder del Estado burgués y sin expropiación previa del gran Capital, es tan vieja como el propio reformismo social-demócrata. Se encuentran sus raíces en Bernstein, desde fines del siglo pasado. Inmediatamente después de la primera guerra mundial, el mismo Bernstein pudo vanagloriarse de que la práctica de la social democracia internacional se inspiraba en su teoría y no en la de Kautsky y Bebel, que se oponían a él en la gran controversia contra el "revisionismo"¹⁵.

Es un hecho que la transformación de los consejos de empresas desde un embrión de poder obrero a instrumentos de colaboración de clase dentro de la empresa capitalista, constituye uno de los mayores "éxitos" de la social-democracia internacional en el curso de los años 20. Ahí también, se trataba en primer lugar, como lo creía sinceramente Otto Bauer, de efectuar un "primer paso hacia la forma socialista de producción"¹⁶. Pero, "estando las relaciones de fuerza deterioradas", estos consejos obreros sólo podían desempeñar un rol defensivo. Bajo el efecto de la crisis económica de 1929-1932, su integración en la "comunidad de la empresa" se hizo cada vez más clara. De un instrumento de lucha de clases, llegaron a ser instrumentos de división de la clase obrera.

Inmediatamente después de la segunda guerra mundial, habiéndose modificado de nuevo las relaciones de fuerza en detrimento de la burguesía, la idea de la "co-gestión" podía renacer de sus cenizas y llegar a aumentar la influencia del movimiento obrero dentro del capitalismo monopolista del Estado gracias a los "nacionalistas democráticos"¹⁷. En efecto,

15. Para los orígenes bernstenianos del concepto de "democracia económica", ver Eduard Bernstein, *Die Voraussetzungen des Sozialismus und die Aufgaben der Sozialdemokratie*, publicada por primera vez en 1899. Citamos aquí la edición Dietz, Stuttgart, 1921, especialmente pp. 170 y sig., pp. 186-190, etc.

16. Otto Bauer; *Die österreichische Revolution*, Wien, 1923, p. 171.

17. Eugène Varga, *Essais sur l'économie politique du capitalisme*, Moscú, Editions du progres, pp. 73-76.

la práctica de colaboración de clase impuesta esta vez no solamente por la burocracia social-demócrata, sino también por la del P. C. jugó una vez más en favor del gran Capital, cuyo poder vacilante se pudo consolidar y cuyas ganancias se encontraron aseguradas.

La idea de un "control público" ejercido sobre la economía capitalista por el gobierno, el parlamento, las municipalidades, las organizaciones "paritarias", etc. no es más que un señuelo que dura el mismo tiempo que el poder del estado y el poder económico real están en poder de la clase burguesa. Para los reformistas y neorreformistas, la repartición gubernamental en coaliciones con la burguesía se excusa por las "victorias" que, a la luz de un examen acucioso, se revelan más limitadas y miserables aun que las logradas por la social-democracia alemana en los comienzos de la República de Weimer.

Un social-demócrata de izquierda austríaco, Eduard März, que se dice marxista y continúa la defensa del marxismo, representa hoy el último seguidor de la tradición centrista austro-marxista de las décadas del 20 y del 30. Para él, la "cogestión" no es más que una etapa hacia la gestión obrera, exactamente como la participación ministerial no es más que una etapa hacia la conquista del poder. Para seguir en la buena dirección, es suficiente no limitarse a una "cogestión en la cima", sino impulsar también una "cogestión en la base", por lo tanto "revalorizar la asamblea general de los miembros del sindicato en los sitios de trabajo", o "la asamblea general del personal", e impulsarla a realizar una serie creciente de funciones de control y de cogestión¹⁸. El ala izquierda de los sindicatos de Alemania occidental y de la social-democracia se está esforzando por llevar en un sentido análogo los proyectos en discusión actualmente en la República Federal, sobre la cogestión generalizada en la industria.

Los marxistas revolucionarios evidentemente no tienen ningún interés en dejarse absorber por querellas semánticas. Si se da a la fórmula "cogestión en la base" ("Mitbestimmung am Arbeitsplatz") exactamente el mismo contenido que le hemos dado más

18. Eduard März, "La prospettiva storica della cogestione", en *Critica Sociale*, N.º 20, 1969, pp. 606-608. Este artículo apareció antes en la revista social-demócrata austríaca *Die Zukunft*.

arriba al control obrero, sin agregarle ningún elemento de corresponsabilidad para la gestión de las empresas capitalistas o de la economía capitalista en su conjunto, entonces la disputa se vuelve absurda.

Pero su objetivo sigue siendo muy real cuando se combina esta "cogestión en la base" con el funcionamiento de toda clase de organismos y de mecanismos de "representación" de los trabajadores en conjunto con los representantes del gran Capital. Toda la lógica del régimen capitalista transforma inevitablemente tales organismos en órganos de colaboración de clase, es decir de reforzamiento del Capital y de debilitamiento y de división de los trabajadores. Ahora bien, aún los representantes más avanzados de los social-demócratas de izquierda o centristas no excluyen una combinación semejante. Estamos pues en presencia de una reproducción pura y simple de las ilusiones gradualistas del pasado, y no de una lucha por una "nueva variante del control obrero".

Una de las formas arteras —aunque muy antigua— de la desnaturalización reformista de la consigna del control obrero recientemente ha sido replantada con todos los honores en el seno del P. S. U. francés, especialmente por Gilles Martinet en su libro que tiene como título el concepto mismo del reformismo: "La conquête des pouvoirs" (La conquista de los poderes). Partiendo de la constatación innegable que todo poder de la clase dominante, y forzosamente el de la clase capitalista, es siempre un hecho social que se extiende a todos los terrenos de la sociedad, los reformistas sacan la conclusión que es en estos terrenos donde hay que conquistar el poder. Eso significa olvidar que estos "poderes" se articulan de manera precisa alrededor de dos estructuras privilegiadas: *el modo de producción* (es decir el derecho del gran capital a disponer de las principales fuerzas productoras gracias a las instituciones que perpetúan la economía capitalista, propiedad privada, salariado, economía de mercado generalizada, integración en el Mercado capitalista internacional, etc.) y el *Estado burgués*. La ilusión gradualista de un agotamiento progresivo de los "poderes" capitalistas es tan infundada como la ilusión de cambiar la naturaleza de un ejército "conquistándolo" batallón por batallón.

Encontramos la misma concepción gradualista e irrealizable en la elaboración de la C. F. D. T., alimen-

tada por una de las experiencias más avanzadas de la "huelga activa" durante mayo del 68. (Nos referimos a la mayoría de la C. F. D. T. y no a la tendencia minoritaria de Krumnov, que defiende posiciones más próximas a las nuestras). Se trata aquí de una "autogestión de las empresas" que supone la desaparición de la propiedad privada, pero de ninguna manera en "todas las empresas". La autogestión se presenta como "el mejor modelo de democratización de la empresa", como la posibilidad de los trabajadores para acceder "al poder de decisión económica".

Pero la cuestión del "poder de decisión" está separado de la cuestión del *poder* a secas, es decir del poder del Estado y del poder económico. El "plan democrático" aparece (o subsiste) como algo exterior en la "autogestión"; el parlamento subsiste, también, como algo diferente al congreso de los consejos obreros. La propia autogestión no la ejerce un consejo obrero, sino una "instancia de *dirección* elegida por los trabajadores".

Parecen no comprender que semejante "autogestión" sin el derrocamiento previo del poder del Estado burgués es una utopía total. En el caso de derrocamiento de ese poder del Estado, la dualidad entre "instancias de *dirección*" económicas actuando a nivel de las empresas, y "dirigentes políticos" funcionando en el marco de una democracia representativa que perpetúa la separación entre mandantes y mandatarios, no puede sino acelerar todos los procesos de burocratización, que los militantes de la C. F. D. T. declaran, por lo demás, desean evitar.

En resumen, la confusión entre "control obrero" a exigir dentro del régimen capitalista, "autogestión obrera" a realizar después de la caída del reino del capital, y poder obrero que debe ser un poder más político que económico y que debe articularse políticamente sobre consejos (soviets) del mismo modo que lo hace en las empresas, tiene como resultado una concepción bastarda que permite el mantenimiento de la mayor parte de las ilusiones reformistas, especialmente la de una conquista gradual de la autogestión en el propio seno del régimen capitalista.

19. Gilles Martinet, *La conquête es pouvoirs*, Paris, Le Seuil, 1968; "Perspectives et stratégies de la C. F. D. T. Inventaire des problèmes", pp. 13-14 del documento especial del N.º 1247 del semanario *Syndicalisme*.

VI

En el interior de la empresa es donde la competencia universal entre los individuos, la "guerra de todos contra todos", que le es propia a la sociedad capitalista, comienza primero a ser sobrepasada entre los trabajadores. Es dentro de la empresa donde se afirma la cooperación y la solidaridad entre los compañeros de trabajo, que permiten a los trabajadores superar sus sentimientos de imponentia frente a un patrón infinitamente más rico y más cultivado. La empresa siempre ha sido la célula básica de un "poder obrero"²⁰. Al alejarse de la empresa, las organizaciones obreras, se hacen más grandes, más complejas, menos transparentes, parecen siempre jerarquizarse, dan nacimiento a delegaciones de poder que se multiplican cada vez más, para terminar escapándose de la empresa de sus fundadores y de sus mandantes, e incluso volverse contra ellas. Así, los hechos fundamentales inmediatos de la existencia obrera han sido reforzados por la amarga experiencia de las organizaciones de masas burocratizadas para dar nacimiento a la idea que "un poder obrero" no se puede ejercer más que basado en la empresa. El sindicalismo revolucionario y las concepciones de los *Radenkommunisten* reúnen así ideas de origen proudhoniano, que Marx combatió con vigor y cuyo carácter utópico ha sido confirmado en repetidas oportunidades en la historia²¹.

20. Es verdad que en la época de la primera y segunda revolución industrial, una concentración en los barrios obreros y las ciudades proletarias apoyaba y reforzaba la cohesión y los lazos de solidaridad y de cooperación de la clase, anudados fundamentalmente en los sitios de trabajo. A este respecto, dos elementos contemporáneos de la sociedad capitalista, el auto y la televisión, tienden a substituir las diversiones y aún los habitats descentralizados por esta centralización de antaño. En lugar de pasar su tiempo libre juntos, en las Casas del Pueblo y las salas de reunión, los trabajadores tienden a pasarlo individualmente, lo que debilita la cohesión de la clase y hace más vitales los lazos establecidos en la propia empresa.

21. Ver Pierre-Joseph Proudhon, *Oeuvres Complètes*, Paris, Ed. Rivière; James Guillaume, *Idée sur l'organisation sociale*, 1876, y un buen resumen en Daniel Guérin, *L'anarchisme*, Paris, Gallimard (Colección Idées), 1965. La respuesta clásica de Marx se encuentra en *Miseria de la Filosofía*.

Los anarquistas más clarividentes habían comprendido dónde les apretaba el zapato: en la tendencia inevitable de las fuerzas productivas contemporáneas a centralizarse, a llegar a ser cada vez más complejas, a "socializarse" en el sentido objetivo del término, es decir a involucrar *simultáneamente* en su devenir a masas enormes de productores y de trabajadores no productores (en el sentido de producción del valor o no del trabajo socialmente útil).

También habían proyectado un mundo imaginario en el cual la técnica iría, por el contrario, en un sentido de una división en infinitas empresas y de productores²². Esto refleja muy bien un aspecto fundamentalmente pequeño-burgués del anarquismo, que mezcla a objetivos comunes con los marxistas y a la defensa de tendencias históricas del proletariado, la prosecución de un ideal calcado de las comunidades artesanales y campesinas del pasado. En todo caso, la realidad ha demostrado que la tendencia *fundamental* de la técnica (que, por supuesto constantemente se acompaña por una tendencia contraria que la niega, pero que por eso no es menos la realidad dominante) va en el sentido de la centralización y de la socialización del trabajo, y no en un sentido de división cada vez más pronunciado de las empresas y una dispersión cada vez más grande de los productores.

El carácter utópico de la idea de reducir la emancipación de los trabajadores a poner las empresas individuales en manos de los consejos obreros se ubica en múltiples niveles. El aspecto más notorio —aquél sobre el que siempre se ha concentrado hasta ahora la crítica marxista del sindicalismo— es que al negar al Estado, de ninguna manera se lo ha derrocado. Este derrocamiento no puede ser esperado como el resultado "automático" de una huelga, incluso de una huelga general con ocupación activa de las fábricas. Empujada a sus últimas trincheras, la burguesía utiliza todos los resortes de su poder para defender la propiedad privada. Dispone de un poderoso aparato de represión, policial y militar, y de una red de comunicaciones no menos compleja. Todo esto no se funde como la nieve bajo el sol, bajo el único efecto de una huelga gene-

22. Ver la obra de Pedro Kropotkin, *Landwirtschaft, Industrie und Handwerk*, publicada por primera vez en 1898 (Nuestra edición es la de 1921, Verlag de Syndikalist, Fritz Kater, Berlin).

ral. Tal huelga tiene, por lo demás, el efecto de dispersar parcialmente la potencia de los trabajadores, no solamente entre diferentes fábricas, sino también entre los que ocupan las empresas, y los que, por múltiples razones, permanecen en sus casas. Las fortalezas obreras dispersas pueden ser atacadas y reducidas separadamente por la fuerza concentrada de la burguesía, si no están unidas entre ellas y si no oponen una centralización de fuerzas obreras al aparato del Estado centralizado del Capital. La historia ha confirmado plenamente esta enseñanza: los trabajadores no pueden conquistar su emancipación del Capital, sin derribar al Estado burgués por una acción política centralizada, y sin reemplazar este aparato de Estado burgués por un Estado de Nuevo tipo, un Estado obrero²³.

La coordinación de todas las actividades económicas es una exigencia absoluta en el actual nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. En el fondo no hay más que dos formas posibles de coordinación: la coordinación consciente y la coordinación espontánea, por intermedio del mercado. Al rechazar la coordinación consciente, so pretexto que ella terminaría fatalmente en la "centralización administrativa" y en la burocratización, los partidarios de un "poder obrero" fraccionado y descentralizado por la empresa actúan en la práctica hacia el renacimiento generalizado de la economía de mercado, cuyos efectos alienantes no son menos nocivos que los de una burocracia central²⁴.

La emancipación de los trabajadores no requiere solamente la supresión de la propiedad privada, de la dominación del Capital sobre el Trabajo, y el debilitamiento de las relaciones mercantiles, fuente de deformación materialista y de alienación. Exige también el debilitamiento gradual de la división social del trabajo, de la parcelación de las tareas, de la separación de funciones administrativas y funciones productivas.

23. Sobre el problema general de la burocracia en el Estado obrero, sus orígenes y los medios para combatirla, ver Fernand Charlier, "The Roots of Bureaucracy and ways to fight it", pp. 263-274, en *Fifty Years of World Revolution*, New York, Ernest Mendei editor, Merit Publishers, 1968.

24. Ver la experiencia dolorosa de Yugoslavia, especialmente después de la reforma económica de 1965. Trataremos en el capítulo IX de esta introducción problemas de la "economía socialista de mercado" y de sus interferencias con la dinámica de la burocratización.

Por lo tanto exige, no trabajadores amarrados a "su" empresa y que defienden celosamente "su empleo" (si no, lo que es peor, "su" parte de las "ganancias" alcanzadas "por" "su" empresa), sino más bien trabajadores para los que, sobre la base de un nivel de consumo anual garantizado, la multiplicidad de las tareas llegue a ser familiar, y, con ella, una enorme ampliación del horizonte, de las informaciones y de la cultura. Todo esto está bastante lejos de una actividad "emancipadora" centrada exclusivamente en una empresa, o, peor aún, en el "rendimiento" de ella.

Si la idea sindicalista o proudhoniana de una apropiación de los medios de producción por los trabajadores de cada fábrica ya es utópica, la idea de tal apropiación por empresas aisladas "cooperativizadas" o "autodirigidas" en el seno de la sociedad capitalista—de acuerdo al modelo de las cooperativas de producción o los kibbutz israelitas—lo es todavía más. En la medida en que estas experiencias no están condenadas al fracaso (como la mayor parte de las colonias "comunistas" en Estados Unidos en el siglo XIX), inevitablemente se transforman en empresas que establecen relaciones capitalistas de explotación con el mundo exterior. Solamente en el momento de crisis revolucionaria, cuando la experiencia del control obrero ya comienza a generalizarse y no arriesga quedar aislada, las empresas ocupadas por los trabajadores pueden conocer un comienzo de gestión obrera, acelerando así la maduración de la crisis y acercándola a la lucha decisiva por la toma del poder a nivel nacional.

Por la misma razón, es contra-indicado reemplazar hoy día en la agitación la consigna de "control obrero" por la de "autogestión", como consigna central del programa de transición. La función esencial del programa de transición es permitir elevar el nivel de conciencia de las masas, a través de movilizaciones de masas, hacia el punto en que ellas comienzan a derrocar en los actos el régimen capitalista. Hacer la agitación bajo la consigna de autogestión es suponer resuelto el problema clave que queda por resolver. Creer que las masas trabajadoras de los países imperialistas ya están listas para tomar en sus manos inmediatamente la gestión de la economía, sin haber pasado previamente por la escuela del control obrero, es engañarse a sí mismo y difundir ilusiones perniciosas en cuanto al nivel de conciencia real de las masas.

La agitación por el control obrero tiene precisamente la función de llevar a éstos, a través de su propia experiencia, y partiendo de sus preocupaciones inmediatas, a *aprehender* la necesidad de arrojar al capitalista de la empresa y a la clase capitalista del poder. Sustituyendo esta agitación pedagógica por "la autogestión", se impide a las grandes masas hacer esta experiencia, se la estimula, en la práctica, a confiarse en las reivindicaciones inmediatas, y se arriesga provocar algunas experiencias aisladas de "autogestión" de empresas de vanguardia, condenadas a degenerarse en un medio ambiente capitalista.

Otro daño producido por un comienzo de aplicación práctica de la autogestión obrera dentro del modo de producción capitalista, fuera de una situación revolucionaria, reside en su tendencia a transformar la energía de la vanguardia obrera, disponible para fines de agitación, en energía productiva. En lugar de organizarse en la fábrica ocupada con vistas a extender la lucha a otras fábricas de la misma ciudad, de la región, o de la rama industrial, es decir del país, los trabajadores que reanudan la producción por su cuenta deben concentrar todos sus esfuerzos en la organización de una producción tanto más amenazada mientras la fábrica siga aislada. En lugar de ubicarse en el terreno en que son más fuertes —el de la lucha de clases que se generaliza— se ubican en el terreno donde su inferioridad es manifiesta: la competencia en el mercado capitalista.

VII

Los consejos obreros salidos de una huelga o de un gran combate revolucionario, creados en el marco de la lucha por el control obrero o de un enfrentamiento de los trabajadores con un poder del Estado represivo, son los órganos naturales de ejercicio del poder por el proletariado²⁵. Desde los "comités obreros"

25. A Trotsky corresponde el honor de haber sido el primero que comprendió el valor universal de los soviets, desde 1908 (ver el texto publicado en esta antología).

de los que habla Marx en 1850, sobre la base de la experiencia de la revolución de 1848; de la Comuna de París, y del soviet de Petrogrado de 1905, hasta los soviets que tomaron el poder en la Revolución de Octubre y los consejos obreros creados en el curso de las revoluciones alemana, austríaca, húngara, española, de la segunda revolución húngara y otras, esta forma de organización del poder proletario se ha impuesto entonces y siempre, en la práctica revolucionaria por razones evidentes.

Tiene una flexibilidad muy grande, permitiendo articulaciones alternativas en el plano territorial y funcional (soviets de obreros y soldados, de campesinos pobres, de estudiantes, de marineros, de maestros, etc.). Permite asociar al máximo de la masa de combatientes en el ejercicio del poder. Permite superar en una gran medida la separación de las funciones legislativas y ejecutivas. Facilita el control de las masas, la transparencia de las operaciones, la elegibilidad y la revocabilidad de los elegidos. Crea, especialmente, un marco ideal para la democracia proletaria y socialista. Pues constituye al mismo tiempo una arena donde las diversas tendencias y partidos obreros pueden combatir ideológica y políticamente, y un límite racional de esta lucha: el pacto de unidad de acción, el mínimo de disciplina aceptada, frente al enemigo común, que es la condición para participar en la vida de los consejos (¡no se puede participar en un comité de huelga sin ser huelguista!) y el cual las propias masas cuidan tan celosamente como cuidan el respeto a la democracia obrera.

Es poco probable que en las revoluciones futuras se inventen formas de organización de poder obrero totalmente nuevas, como es poco probable que estas formas sean simples calcos de lo que fueron los soviets rusos en diferentes etapas de la Revolución en el antiguo imperio de los zares. Conoceremos así numerosas variantes del tipo de organización siguiendo el modelo del consejo obrero. Pero sin duda las características fundamentales esbozadas más arriba se encontrarán muy a menudo.

La experiencia particular de la deformación, luego de la degeneración burocrática del Estado obrero en la U. R. S. S. y especialmente la experiencia de la dictadura staliniana, ha creado una inmensa confusión en cuanto a las potencialidades democráticas de un Estado basado en el poder de consejos obreros.

De experiencias ulteriores, tales como el aplastamiento por la violencia de los consejos obreros en Hungría en 1956, y el aplastamiento menos violento, pero no menos pernicioso de los comienzos de la democracia socialista en la República socialista checoslovaca después de agosto de 1968, a lo menos han confirmado a los ojos de los observadores más objetivos la antinomia entre dictadura staliniana y Estado basado en consejos obreros, más bien que su pretendida identidad. No obstante, subsiste una gran confusión a este respecto. Los mitos defendidos encarnizadamente por los dirigentes soviéticos y sus satélites en cuanto a la doctrina leninista del Estado, no hacen más que llevar agua al molino de todos los que impugnan que una forma superior y real de la democracia sea posible fuera del marco de la democracia parlamentaria burguesa.

Recordemos a este respecto algunas verdades elementales. Nunca Marx ni Lenin proclamaron el principio absurdo según el cual no habría lugar más que para un solo partido en el marco de la dictadura proletaria, o según el cual la propia clase obrera no estaría representada más que por un solo partido. Toda la experiencia del movimiento obrero enseña por el contrario, que la multiplicidad de las tendencias y de los partidos que se reclaman de la clase obrera corresponde tanto a una diferenciación social como a diferenciaciones ideológicas inevitables en el seno del proletariado²⁶. El derecho a tendencia y a constituir nuevos partidos —respetando la legalidad socialista— no solamente revelan esta realidad; responden también a exigencias de eficacia manifiestas. Muchos de los problemas con los que se ha enfrentado el poder obrero son problemas nuevos, para los cuales únicamente la práctica (¡y una práctica a largo plazo!) per-

26. Sobre este tema ver el interesante estudio de Ossip K. Flechtheim sobre la sociología de la división del movimiento obrero alemán entre S. P. D. y K. P. D. (1920-1933). Este estudio reveló especialmente que en el momento en que hay una fuerte inserción obrera —el período 1921-1923— el P. C. conquistó la preponderancia en las ramas industriales donde los salarios son los más elevados y la concentración industrial la más fuerte, mientras que el S. P. D. conserva la hegemonía sobre las capas obreras más mal retribuidas y más dispersas (*Die K. P. D. in der Weimarer Republik*, Frankfurt, Europäische Verlagsanstalt, 1969, pp. 311-321).

mitirá en definitiva romper el equilibrio de los partidarios de soluciones diferentes. Al suprimir el derecho a constituir nuevos partidos, el partido en el poder aplasta inevitablemente la democracia en su propio seno. Esta democracia reclama efectivamente el derecho a tendencia, y ¿cómo no acusar a una tendencia, que combate encarnizadamente, sobre cuestiones de principios, de ser un nuevo partido en potencia? Ahora bien, al aplastar a la democracia interna, todo partido reduce automáticamente la posibilidad de evitar errores políticos, y disminuye las posibilidades de corregirlos.

La democracia de los consejos implica el libre acceso a los medios de difusión masiva (prensa, radio, televisión), al material de propaganda, a las salas de reunión, etc., para todo un grupo de trabajadores que respeta la legalidad socialista. Toda la argumentación de Lenin acerca de la superioridad de la democracia soviética sobre la democracia burguesa, desde el punto de vista del ejercicio efectivo de las libertades democráticas por la masa de los trabajadores, se fundaba en la posibilidad de disfrutarlas. La idea que el partido en el poder sea el único que pueda disponer de la prensa y de los medios de difusión masiva, que sólo él tenga el derecho a designar las direcciones de todos los diarios, a establecer la censura sobre las informaciones (idea que Breznev y sus acólitos en diversos países —incluso en C. S. S. R.— defienden encarnizadamente desde “la primavera de Praga”) es una deformación flagrante de los principios leninistas de la democracia soviética, tal como están desarrollados en *El Estado y la Revolución*. ¿Es necesario recordar que Lenin ha subrayado en muchas oportunidades que aún la cuestión de saber si los derechos democráticos le son concedidos o no a los burgueses no constituye una cuestión de principios, sino simplemente una cuestión de relaciones de fuerza y de eficacia²⁷. La idea de excluir del beneficio de este derecho a la mayoría de los trabajadores, porque éstos no apoyan momentáneamente la línea del P. Comunista, no se le habría pasado jamás por la cabeza.

27. Lenin “La revolución proletaria y el renegado Kautsky” pp. 450-457, en *Oeuvres Choixées*, Moscou, Editions en Langues Étrangères, 1947, volume II.

La aplicación práctica y fiel de los principios de democracia socialista evidentemente está en función de la lucha de clases real, y no de deseos abstractos ni de votos piadosos. Cuando su régimen está en peligro, la burguesía, aún la más liberal, en innumerables ocasiones, ha suspendido las libertades democráticas que concede con avaricia al pueblo, ha establecido dictaduras, haciendo reinar el terror sangriento contra los oprimidos. Animados por la voluntad de conservar su libertad adquirida recientemente, los trabajadores se defenderán a muerte contra las tentativas del Capital por restablecer su poder derrocado. Mientras menos violenta sea la lucha, más estable será el Estado obrero, más se mantendrán las relaciones sociales, y más pronto se podrán levantar las restricciones impuestas al ejercicio de las libertades democráticas para todos los adversarios del nuevo régimen. El Estado obrero, al servicio de la gran mayoría y represivo solamente para un puñado de explotadores, de todas maneras deberá ser un Estado de un género particular, un Estado que comience a desaparecer, por así decir, desde su nacimiento.

Que la lucha de clases pueda periódicamente exacerbarse aún durante el período de transición del capitalismo al socialismo, se le puede conceder a Mao-Tse-Tung. Pero que después de la conclusión victoriosa de la construcción del socialismo —es decir el nacimiento de una sociedad sin clases— sea necesario todavía un Estado, o que haya que encarar una agudización de la lucha de clases (una lucha de clases..... ¡sin la existencia de clases!) he aquí un absurdo teórico que únicamente un Stalin podría producir.

VIII

Si la doctrina marxista es bastante clara en materia de organización del Estado obrero, está lejos de presentar caminos claros en lo que concierne a la organización de la economía en la época de transición. La manera concreta cómo la planificación de la economía —que ha sido proclamada en repetidas ocasiones por Marx como el principio básico de la econo-

mía socializada— debe articularse con el ejercicio del poder por la clase obrera (bajo el régimen de los "productores asociados") sigue sujeta a controversia. Las experiencias múltiples acumuladas en los diversos estadios de evolución de la economía soviética primero, de la economía de los diferentes países que han abolido el capitalismo enseguida, presentan un kaleidoscopio de soluciones incoherentes, yendo de una extrema centralización burocrática hasta el régimen yugoslavo basado en la combinación de la autogestión de las empresas y de "la economía socialista de mercado".

Es necesario reconocer que la teoría en sí misma no proporciona muchas indicaciones. Marx ha hecho una breve alusión a las cooperativas de producción cuyos asociados nombran ellos mismos a los directores-gerentes. De Leon tenía una teoría vaga de "sindicatos de industria", que organizarían la producción después de la toma del poder. El partido bolchevique se inspiró mucho en ello, y confió, durante los años que siguieron a Octubre, la gestión de la economía a las organizaciones sindicales²⁸. Los resultados casi no fueron brillantes, y se pasó insensiblemente de un sistema de gestión mixta (directores-sindicatos), al sistema de la "dirección única", que fue proclamado oficialmente por Stalin en 1930.

Además, la idea de hacer de los soviets de fábrica (consejos obreros) órganos de dirección de la economía fue defendida por varios comunistas de izquierda en el curso de los primeros años siguientes a la Revolución de octubre. Fue retomada ampliamente por los comunistas de izquierda en Europa, especialmente en Alemania y en los Países Bajos.

La discusión actual sobre esta cuestión está indudablemente polarizada por dos experiencias extremas, la experiencia staliniana y la experiencia yugoslava. Desde los dos lados se trata de encerrar las posibles variantes de gestión de las empresas en el dilema: o bien una amplia autonomía de las empresas y juicio de la actuación de éstas de acuerdo a un criterio global, el de la rentabilidad financiera (de la ganancia), por intermedio del mercado; o bien centralización administrativa de las decisiones estratégicas, lo que implica la imposibilidad de una autogestión obrera.

28. Ver en esta antología el texto de Karl Radek.

El argumento según el cual la autogestión involucra necesariamente una gran descentralización económica y un recurso creciente para la "economía de mercado socialista" no es convincente. ¿Por qué la autogestión obrera sería incompatible con una delegación democrática de poderes de decisión, no en las instancias administrativas, sino en instancias representativas del conjunto de los trabajadores involucrados (congreso nacional, regional, local de los consejos obreros, mañana igualmente sin duda congresos internacionales)? En realidad, toda una serie de decisiones económicas no pueden ser tomadas válidamente a nivel de empresa individual. Cuando se afirma que los "autogestores" son "libres" de tomar las decisiones, se oculta la mitad de la verdad; a continuación estas decisiones serán "corregidas" por el mercado, y pueden llegar al resultado opuesto del que los "autogestores" tenían como objetivo. ¿Cuál es por lo tanto la diferencia entre una obligación económica, actuando a espaldas de los "autogestores" y un decreto administrativo tomado sin saberlo ellos? ¿No son en el hecho los dos procedimientos equivalentes e igualmente alienantes? Y ¿no consiste la solución verdadera y democrática en hacer tomar esas decisiones conscientemente, por congresos de consejos obreros, a todos los niveles donde éstas pueden ser tomadas con validez (va de suyo que toda una serie de éstas decisiones pueden serlo dentro de una empresa y aún en el seno de talleres y departamentos individuales)?

Tampoco es verdad que la fuente única o principal de la burocratización, de la omnipotencia de la burocracia, sería el control central sobre el sobreproducto social del que ella dispone en el marco del sistema de planificación burocrática. La fuente última de burocratización reside en la división social del trabajo, es decir en la falta de conocimientos, de competencias, de iniciativas, de cultura y de actividad social por parte de los trabajadores. Esto es sobre todo un producto del pasado y del medio capitalista, un producto del grado de desarrollo insuficiente de las fuerzas productivas. Pero todos los factores que tienden a desanimar a los trabajadores, y a rebajar su conciencia de clase, corren el riesgo de aumentar su pasividad y acentuar la preponderancia de la burocracia sobre la gestión de la economía y sobre el so-

breproducto social. Esta preponderancia se puede ejercer por intermedio del mercado, en un sistema de gestión descentralizadora, tan eficaz como en el sistema de centralización administrativa. Y entre los factores que acentúan el desaliento de los trabajadores no hay que citar únicamente la ausencia de participación real en la gestión de las empresas (que, evidentemente, es un factor real de alienación), sino también el crecimiento de la desigualdad social, la comercialización universal de la vida social y la objetivación de todas las relaciones humanas que resultan de ella, la acentuación de la competencia entre diferentes grupos de obreros, la desintegración de la solidaridad colectiva, la reaparición de la desocupación, y muchas otras consecuencias inevitables de la "economía socialista de mercado", tal como se desarrolla actualmente en Yugoslavia²⁹.

Los marxistas son fervientes partidarios de la autogestión obrera de la economía. Pero están convencidos que los dirigentes yugoslavos han hecho el peor servicio posible a la causa de la autogestión, al combinar abusivamente el concepto de autogestión y el de la "economía socialista de mercado". La verdadera deproletarización del Trabajo exige no sólo la supresión de la propiedad privada de los medios de producción y de la gestión burocrática de la economía, sino también el debilitamiento de las relaciones mercantiles y de la división social del trabajo. Se trata de procesos que no se pueden realizar de un día para otro, tampoco por lo demás, el debilitamiento del Estado. Pero al igual que la duración de este proceso de debilitamiento del Estado no puede ser un pretexto para dejar para las calendas griegas su comien-

29. Es lo que se obstinan en negar los apologistas más fanáticos de la burocracia yugoslava, que llegan de este modo a formulaciones verdaderamente grotescas. Así, escribiendo en el diario *Stuttent* (18 de marzo de 1969) un partidario de la "economía de mercado socialista" se opone a la aplicación estricta del principio de la retribución de acuerdo a la cantidad de trabajo proporcionado a la sociedad, afirmando que este principio "ignora las diferencias de talento (sic) y de contribuciones. Semejante reivindicación conduce a la formación de una fuerza administrativa y burocrática omnipotente, por encima de la producción, y por encima de la sociedad, una fuerza que instaura una igualdad artificial (re-sic) y superficial y en el que el poder conduce a la necesidad, a la desigualdad y al privilegio". La burocracia nacida de la instauración de la igualdad, es verdaderamente un escollo para cualquiera que pretenda inspirarse en el marxismo.

zo, del mismo modo no es lógico pretender querer retrasar el comienzo del debilitamiento de las relaciones de mercado, so pretexto que este proceso no terminará hasta que pueda garantizarse para todos la abundancia de los bienes y servicios esenciales.

En realidad, la autogestión obrera como proceso de desalienación de las relaciones de producción, debe ejercerse *simultáneamente* en todos los niveles en los que el productor continúa sufriendo relaciones económicas alienantes. Ella significa pues que a nivel de fábrica, con la participación consciente de todos, por consejos obreros democráticamente elegidos, se tomen todas las decisiones de gestión que sean aplicables a la fábrica, independientemente de interferencias externas. Significa que para todas las relaciones entre la empresa y el exterior, donde se impongan decisiones de coordinación, estas decisiones sean tomadas conscientemente, por congresos elegidos por los consejos obreros. Significa el debilitamiento de la estructura jerárquica de la empresa y el debilitamiento de las relaciones mercantiles, que una serie creciente de bienes y de servicios se distribuyan de acuerdo al principio de satisfacción de las necesidades (sin intervención del dinero), según prioridades establecidas democráticamente por las propias masas trabajadoras. Significa que en una serie de dominios (enseñanza, cultura, recreación, sanidad, urbanismo) se abandonen deliberadamente criterios de "rentabilidad" en favor de criterios de servicio público, de utilidad social³⁰.

La capacidad de una economía de la época de transición del capitalismo al socialismo para realizar plenamente estos principios evidentemente depende de su riqueza relativa. Pero su capacidad para *comprometerse* en este camino está presente en todas partes.

30. "La lucha por la limitación legal de la jornada de trabajo ha castigado tanto más violentamente cuanto que independientemente de la codicia aterrada, en efecto ha tocado la gran controversia, la controversia entre el reino ciego de las leyes de la oferta y la demanda, que constituye la economía política de la burguesía, y el control de la producción social, que constituye la economía política de la clase obrera". (K. Marx: Discurso Inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores", Marx-Engels Werke, Berlin, Dietz-Verlag, 1964, tomo XVI, p. 11. Subrayado por E. Mendel).

IX

Una de las variantes neomarxistas de la doctrina de los consejos obreros defendida en la actualidad por teóricos yugoslavos es la que constituye una justificación apenas velada de la realidad contradictoria de Yugoslavia: los trabajadores no serían o no podrían ser capaces de ejercer el poder directamente más que en el solo terreno económico, por medio de la autogestión de las empresas. En el Estado, el poder debería pertenecer a las "fuerzas conscientes" de la sociedad, es decir a la Liga de los Comunistas de Yugoslavia. Los defensores más hipócritas de esta teoría afirman que aún en la sociedad en su conjunto, no es conveniente crear nuevas estructuras políticas puesto que el "Estado se muere". Es por lo tanto difícil impugnar que está lejos aún de estar caducado. ¿Por qué, en estas condiciones, los consejos obreros no dispondrían del poder político que la teoría marxista-leninista siempre ha previsto para los soviets? Esto nunca ha sido explicado de manera satisfactoria por los teóricos oficiales yugoslavos.

En efecto, la contradicción más manifiesta del sistema yugoslavo es la que existe entre la autogestión, proclamada principio básico de la economía, y estructuras políticas que están lejos de fundarse en el ejercicio directo del poder por los trabajadores. Ya hemos visto que en condiciones de descentralización económica excesiva, de recurrir abusivamente a los mecanismos de la "economía socialista de mercado", de integración creciente de la economía yugoslava en la economía capitalista internacional, la "autogestión" de los productores a nivel de la empresa corre el riesgo de vaciarse de su substancia. Además, hemos subrayado que una verdadera autogestión económica no es posible sino a nivel de la economía en su conjunto (por un congreso de los consejos obreros). Pero otra noción merece ahora ser subrayada: ninguna autogestión puede ser real si se encierra en el terreno de la "vida de las empresas" (tanto tomadas separadamente, como reunidas en un conjunto coherente).

Las interferencias entre "economía" y "política"

son innumerables en la época de transición del capitalismo al socialismo (aumentan además en la época del neo-capitalismo). El término "política económica" las expresa muy claramente. Los consejos obreros disponen en vano de una parte del sobreproducto social creado dentro de las empresas; la política económica del gobierno (en política fiscal, en política de crédito, su política monetaria, su política comercial, su política exterior, etc.) puede modificar de la noche a la mañana las condiciones en que este sobreproducto es "realizado" y también por lo tanto su calidad y su cantidad. Una vez más, la operación parece más ventajosa a un disfraz que a una verdadera "desalienación". Además, un congreso de consejos obreros no puede válidamente tomar en sus manos la decisión en materia de planes, repartición de la renta nacional y de las inversiones (del crecimiento económico), sin reivindicar igualmente el derecho a decisión en todos los terrenos que influyen de manera apreciable las tendencias del desarrollo económico, que acabamos de enunciar en el párrafo anterior. Si no lo obtienen, dentro de la sociedad se instaura una verdadera y peligrosa "dualidad de poder". Si lo obtienen, ¿qué otras funciones le quedarán a otras organizaciones representativas centrales, sino encerrarse en terrenos específicos (materias culturales, problemas de educación y de salud pública, etc.) donde pueden realizar un trabajo útil? Pero este trabajo está en contradicción con pretensiones de tipo parlamentario, y justificarían además una representación privilegiada de ciertos grupos sociales, con el fin de favorecer al máximo con ello, la fusión de las funciones legislativas y ejecutivas.

Como las decisiones económicas claves conciernen a problemas económicos fundamentales, una verdadera autogestión, aun a nivel de la empresa, reclama el derecho de los "autogestores" a ocuparse activamente de la "política económica" a nivel nacional, es decir de política. Supone el derecho para cada consejo obrero de oponer contraproposiciones a los proyectos del gobierno en materia de política económica, de buscar aliados en todo el país sobre esta base, de informar a la opinión pública sobre la alternativa con la cual se confronta, etc. Una verdadera autogestión reclama por lo tanto el respeto a los principios de de-

mocracia socialista en el terreno político, lo que está muy lejos de estar asegurado en Yugoslavia³¹.

En ausencia de esta democracia socialista, la autogestión está ampliamente burocratizada y vaciada de su substancia emancipadora. Y como ningún debate público puede producir una información clara si no hay tendencias *organizadas*, la ausencia del derecho a organización de otros partidos que respeten la constitución socialista (así como la ausencia del derecho a tendencia en el seno de la Liga Comunista Yugoslava) contribuye a vaciar todavía más a la autogestión de una parte de su substancia.

La coronación teórica de todas estas contradicciones y deformaciones del sistema de autogestión en Yugoslavia reside en la tesis, según la cual las relaciones de producción que se trataría de modificar se reducen en último análisis..... a la repartición de la renta en el seno de la empresa³². La autogestión sería fundamentalmente el derecho de los trabajadores a votar sobre esta repartición; el resto sería asunto de los técnicos y del mercado. Es inútil insistir sobre el hecho que allí se trata de una ideología típicamente tecnocrática que no tiene gran cosa en común con el marxismo. Las relaciones de producción no conciernen especialmente a la repartición de la renta sino a la manera cómo se organiza la producción. La repartición de la renta en tanto que fenómeno económico "esencial" supone la mantención del salariado y de la economía de mercado, y presupone que la organización del trabajo, el valor de uso producido, el objeto de la producción se sustraen ampliamente a la determinación de los trabajadores. La alienación siempre persistente de éstos no deja de impresionar.

Llevada hasta sus últimas conclusiones, la "economía socialista de mercado" corre el peligro de minar la autogestión obrera aún bajo su forma limitada, tal como se ha practicado en Yugoslavia desde 1950. La presión de los tecnócratas, de los directores y de los elementos burocratizados dentro de las empresas actúa claramente en este sentido. Hacen todo lo posible por desplazar todo poder de decisión en materia

31. Ver la reciente suspensión del periódico de los estudiantes *Student*.

32. Ver el texto de Dusan Bilandzic en esta antología.

de organización del trabajo y de la producción a instancias exteriores de los consejos obreros, so pretexto que los trabajadores no son "expertos", únicamente "competentes", parece, para zanjar estas cuestiones. La abolición de hecho del consejo de gestión, la proposición de contratos a largo plazo entre el consejo obrero y el director, que dan los más plenos poderes a este director en materia de gestión cotidiana durante todo este período, a saber, la tentativa de reducir el consejo obrero a un simple órgano de repartición de la renta de la empresa, son ya etapas concretas de una tendencia al desmantelamiento de la autogestión obrera, que surge como consecuencia lógica de la "competencia socialista", piedra angular de la "economía socialista de mercado". ..

La crítica muy firme a las desviaciones yugoslavas del marxismo que hemos desarrollado, no debe desviar la atención del hecho que la introducción del sistema de autogestión de las empresas de Yugoslavia ha creado allí condiciones mucho más propicias al advenimiento de un verdadero poder de los trabajadores, que en todos los países que han abolido el capitalismo. Es una crítica que debe permitir a los trabajadores revolucionarios de vanguardia liberarse del dilema "o bien hiper centralización staliniana, o bien economía socialista de mercado a la yugoslava", apreciando en su justo valor las experiencias yugoslavas de autogestión, sobre cuyos fundamentos nuevas revoluciones y otros Estados obreros proseguirán la búsqueda de un modelo válido de organización económica, en la época de transición del capitalismo al socialismo.

X

Las transformaciones operadas en la sociedad burguesa por la tercera revolución industrial se han multiplicado. El peso específico del campesinado y de las antiguas capas medias se ha reducido nuevamente, al punto de hacerse insignificante en varios países. La importancia de las profesiones liberales y de las "nuevas clases medias" apenas ha desbordado el margen ya adquirido la víspera de la gran crisis económi-

ca de 1929-1932. El número de asalariados y empleados, obligados a vender su fuerza de trabajo, no ha dejado de aumentar. Contrariamente a una leyenda difundida con tenacidad, la cohesión íntima de esta enorme masa —entre 70 y 85% de la población activa en la mayor parte de los países industrializados— crece y no se reduce. Tanto las diferencias de remuneraciones como las diferencias de status social entre obreros manuales, empleados de oficina, técnicos a sueldo y pequeños y medianos funcionarios, han disminuido con relación de lo que eran a comienzos del siglo o a comienzos de los años 30. Y las transformaciones tecnológicas impuestas por la tercera revolución industrial implica que aún la naturaleza de las tareas ejecutadas en la fábrica semiautomatizada por un equipo volante de obreros de mantenimiento polivalentes, por un contador operando con la ayuda de computadoras, y por un técnico instalando una nueva máquina, tienden singularmente a uniformarse.

Los resultados de esta homogeneidad creciente del trabajo salariado han sido visibles en la explosión de mayo de 1968 en Francia y en las huelgas generales de 24 horas que sacudieron a Italia el año siguiente. El número de huelguistas sobrepasó todo lo que se había visto antes (10 millones en Francia, 15 millones en Italia). La participación de los empleados, de los funcionarios, de los maestros, es decir de los cuadros ha sido muy importante. Esta participación no se limitó a reclamar, con los obreros, mejoramientos de las condiciones de remuneraciones y de trabajo. Se extendió a la reivindicación que da a estas luchas un sentido profundo de impugnación, volver a poner en duda las propias relaciones de producción capitalista: la impugnación a la estructura autoritaria de las fábricas, de las oficinas, de los talleres, en las empresas de servicios, la impugnación del derecho del Capital y de su Estado para disponer de hombres y máquinas.

Ya hicimos notar que los estudiantes habían retomado de la tradición marxista revolucionaria reivindicaciones tales como la del "control estudiantil", del "poder estudiantil", de "autogestión" en las escuelas y universidades. Lo que ha sido sorprendente en el curso del Mayo revolucionario en Francia, es el hecho que reivindicaciones análogas se han extendido en los medios "periféricos" de la vida económica propiamente

te dicha, pero cuya importancia no puede dejar crecer en el estadio actual de las fuerzas productivas; investigadores y sabios, médicos y personal de los hospitales, periodistas de la prensa escrita y de la radio y televisión, actores y personal de los espectáculos, etc.³³

Se trata aquí del resultado de varias tendencias históricas profundas, cuya importancia hay que aprehender para la lucha por el socialismo. La tercera revolución industrial implica una reintegración masiva del trabajo intelectual en el proceso de producción bajo forma de trabajo asalariado. Es la base objetiva de la alianza entre los obreros por una parte y los estudiantes y los intelectuales por la otra. Estos cada vez más dejan de ser pequeños burgueses; aquellos se transforman cada vez más de aprendices-burgueses en aprendices trabajadores intelectuales asalariados. Pero esta integración del trabajo intelectual en el proceso de producción, en una sociedad en la cual la fuerza de trabajo sigue siendo más que nunca una mercadería, significa que el trabajo intelectual sufre todas las consecuencias objetivas y subjetivas de esta proletarianización: división del trabajo; hiper especialización y parcelación de las tareas cada vez más extendida, subordinación brutal de los talentos y necesidades individuales a las "necesidades sociales" que se confunden con las necesidades de ganancia del Capital (preselección y a menudo descalificación), alienación creciente del trabajo intelectual, etc. Esa es la base objetiva de la rebelión universal de los estudiantes, a la cual pueden unirse capas enteras de intelectuales, y que aporta al movimiento obrero revolucionario aliados de un valor considerable, pero no únicamente en la lucha para derrocar al capitalismo, sino también en la lucha para construir una sociedad socialista basada en la autogestión planificada de los productores asociados.

Sin embargo, la naturaleza diferente del trabajo que crea la base material de la existencia del hombre, y la actividad que se encierra para lo esencial en terrenos exteriores al de la producción material, implican diferencias substanciales en la organización de la gestión, mientras no se logre la abundancia y que la distribución de los bienes y servicios según las ne-

33. Ver *Des soviets à Saday?* Paris, Maspero, 1968.

cesidades de todos los individuos no se haya generalizado. La autogestión significa, en último análisis, que los productores decidirán ellos mismos sobre la amplitud de su esfuerzo y de los sacrificios de consumo que están dispuestos a permitir mientras siga planteada la necesidad de elección sobre el empleo de los recursos escasos. Pero cuando se quiere extender este principio a terrenos tales como la enseñanza, los hospitales o de los instrumentos de difusión masiva, no se debe olvidar que no se trata de un empleo de recursos materiales para los que han sido creados, sino del empleo de recursos materiales puestos a disposición de estos sectores por el resto de la sociedad. Es evidente que la colectividad debe conservar un derecho de observación y de control sobre el empleo de estos recursos, mucho más allá del que se arrogará sobre el empleo de los recursos puestos a disposición en las fábricas individuales.

El caso de la prensa y de la radio y televisión es el más claro a este respecto. Frente a patrones capitalistas o a un Estado que "manipula" cínicamente las informaciones, los periodistas tienen toda la razón de reclamar derechos para controlar y defender su autonomía; tampoco hay que olvidar que los trabajadores de las imprentas tienen también intereses y derechos que merecen tanta atención como los de los periodistas. Pero en una sociedad post capitalista basada en una amplia democracia socialista, evidentemente sería absurdo hacer de los periodistas árbitros de lo que se debe o no difundir. La lógica de la democracia socialista exige en este caso la extensión al conjunto de la sociedad (a todo grupo de ciudadanos trabajadores que vayan sobrepasando límites numéricos sucesivos) el acceso a los diferentes medios informativos, y no un monopolio del acceso a la gestión de éstos, entre las manos de una sola profesión.

Es por esto que la difusión de las consignas de "control" y de "autogestión" en estos diversos terrenos debe ser ejecutada con prudencia, tomando en cuenta las diferentes situaciones estructurales que acabamos de bosquejar. No es menos cierto que el derrocamiento de las estructuras autoritarias se justifica plenamente en todos esos dominios, y que en todas partes el reemplazo de esta jerarquía impuesta por formas de organización que se inspiran en el principio de los consejos —elección, revocabilidad, con-

trol permanente de la cumbre por la base, asociación lo más amplia posible de la masa de los interesados en el ejercicio de funciones dirigentes, florecimiento de la iniciativa creadora de las masas, etc.— pueda ser considerado como un objetivo revolucionario socialista perfectamente legítimo³⁴. La idea de la sociedad socialista constituyendo un vasto conjunto planificado y conscientemente dirigido de productores y de ciudadanos administrándose a sí mismos representa la propia esencia del marxismo.

XI

Finalmente nos falta dilucidar una cuestión controvertida: ¿Cuáles son las relaciones entre las actividades de las masas trabajadoras que tratan de apoderarse de la organización de su propio destino por intermedio de la lucha por el control obrero y la autogestión obrera, por la creación de consejos obreros, y el esfuerzo por construir partidos revolucionarios de vanguardia? La experiencia del aplastamiento de la democracia de los consejos obreros por la burocracia en la URSS y en los países influidos por ella ha dado crédito en ciertos medios de vanguardia, a tesis que la experiencia histórica, sin embargo, en repetidas oportunidades permitió refutar. Nos importa pues reafirmar con fuerza esto que constituye un logro de la teoría marxista leninista en este terreno.

Las raíces objetivas de la necesidad de la existencia de partidos revolucionarios de vanguardia son triples: el carácter parcial y parcelario de la experiencia que puede lograrse, tanto de la sociedad burguesa como de la lucha de clases, por experiencias colectivas de obreros de empresa o de localidad (carácter

34. A este respecto es necesario señalar que la constitución de "consejos de escolares" y de "consejos de estudiantes" se difundió muy claramente en la revolución rusa en 1918, y sobre todo en la revolución húngara. Sobre esto ver: *Die Jugend der Revolution*, Berlín, Verlag der Jugend-Internationale, Verlag Junge Garde, 1921, pp. 202, 212-223.

que resulta en definitiva de la división capitalista del trabajo y de sus consecuencias, en cuanto a la conciencia elemental a la que pueda acceder el trabajador que sigue sometido al capitalismo; la diferenciación ideológica inevitable de la clase obrera, que resulta tanto de la división de las tareas y de los orígenes sociales, como de factores que surgen de la superestructura, influencia familiar, formación en la escuela, diversas influencias ideológicas sufridas, etc.); el carácter discontinuo de la actividad política de las masas, y la periodicidad de los ascensos revolucionarios.

Por estas tres razones, inevitablemente se desgaja una vanguardia de la clase. Esta constituida por elementos que, por un esfuerzo individual, logran superar el carácter parcial y fragmentario de la conciencia de clase a la que acceden las grandes masas. Permite fundir en una experiencia única, infinitamente más rica, experiencias parciales de luchas revolucionarias realizadas en diversas épocas y en diversos países, generalizando así estas experiencias en una concepción teórica de conjunto científica, el programa marxista-revolucionario. Reúne por último a los individuos que por conciencia, capacidad de dedicación, auto-identificación con la causa de su clase, mantienen un alto nivel de actividad, aún en las fases de declinación de la lucha de las masas.

Nada más que por esta última razón, se justifica ampliamente la existencia de la organización revolucionaria de vanguardia, con el objeto de favorecer el futuro ascenso revolucionario de masas. En las fases de declinación, esta organización conserva los logros teóricos, impide que la idea de los consejos obreros se sumerja en el olvido y la desmoralización, educa una nueva generación en las conquistas del pasado, difunde el programa contra viento y marea en las capas más amplias. Casi no es necesario insistir en el hecho que la posibilidad de ver generalizarse los consejos obreros aumenta gracias a esta actividad.

La organización revolucionaria de vanguardia es indispensable para asegurar una victoria de la revolución. Esta exige una concentración de los esfuerzos, una conciencia de la maduración de las condiciones específicas, un análisis minucioso de los preparativos y de las intenciones del adversario, la elaboración de una verdadera ciencia de la revolución, a la cual las

masas en su conjunto casi no pueden llegar. Hemos visto estallar espontáneamente una gran cantidad de revoluciones; no hemos visto una sola que pueda triunfar espontáneamente.

La organización revolucionaria de vanguardia constituye también, finalmente, un instrumento indispensable para combatir los riesgos de deformación burocrática del nuevo poder. Creer que la autogestión constituye por sí misma una garantía suficiente contra tales deformaciones, es no comprender su fuente profunda, es decir, la supervivencia de la división social del trabajo y la economía mercantil en la época de transición del capitalismo al socialismo. Conflictos de intereses sectoriales, profesionales, regionales, entre diferentes grupos de productores, son absolutamente inevitables en esta época. Es una ilusión suponer que el simple proceso democrático (el voto) dará automáticamente la mayoría a las tesis que reflejan mejor los intereses de la clase en su conjunto. El triunfo de estos temas sólo es posible por una lucha política e ideológica constante, por una elaboración política, que semejante lucha no puede dejar de favorecer. La estructuración orgánica de tendencias en organizaciones y partidos permite clarificar el debate: la confrontación confusa de un gran número de individuos no agrupados no puede menos que facilitar el negocio de los demagogos o de agrupaciones privilegiadas.

No existe ninguna contradicción entre la necesaria espontaneidad de las masas y la función de una organización revolucionaria de vanguardia. La segunda guía a la primera en los períodos de ascenso y la prolonga en los períodos de reflujo. Todavía más, ¿hay contradicción entre la democracia socialista de los consejos y el pleno ejercicio de una organización revolucionaria de vanguardia? La segunda permite articular a la primera y facilita en definitiva el ejercicio del poder por el proletariado al precisar las opciones sobre las cuales debe llevar este ejercicio. Igualmente la existencia de una Internacional revolucionaria permite integrar en un todo coherente la elaboración teórica y la práctica de los movimientos de vanguardia nacionales, integración irrealizable sin organización y absolutamente indispensable en una época de internacionalización cada vez más acentuada de todos los aspectos de la vida social.

Lo que hay que combatir son los dogmas, en cuyo nombre todo grupo de vanguardia auto-proclamado adquiere privilegios materiales y políticos indiscriminados, por el hecho de esta auto-proclamación. De todas maneras los privilegios materiales serán eliminados. En cuanto a los "privilegios" políticos, el único que los militantes revolucionarios tienen derecho a exigir, es el de luchar en la primera fila por los intereses de su clase, el de dedicar a la actividad social una fracción de su vida mucho más grande que la de los otros trabajadores. Eso no da ningún derecho suplementario, pero indudablemente esto le da la posibilidad de influir y convencer a sus compañeros y conciudadanos mucho mejor que los otros. En una democracia socialista esta posibilidad está abierta a todo el mundo. Y si a este respecto se pronuncia la palabra selección, se trata de una selección por la *praxis*. En todo caso, solamente en la medida en que las masas terminen por aceptar la orientación de la organización revolucionaria, es que ésta se transforma de una vanguardia autoproclamada en una vanguardia verdadera.

Los que niegan la necesidad de un partido revolucionario de vanguardia en nombre de la espontaneidad de las masas, o que desean aún prohibirlo en nombre de la soberanía de los consejos, imitan en realidad el error de los partidarios stalinianos del partido único, que rechazan la soberanía de los consejos obreros en nombre de una pretendida sabiduría universal que el partido encarnaría automáticamente. Para ambos existe una antinomia entre el deber de persuasión y de dirección política de vanguardia y la actividad de las masas organizadas. Para el marxismo-leninismo al contrario, esta antinomia no está demostrada. La necesidad de un partido de vanguardia está concebida como un complemento necesario e indispensable de la organización de las propias masas en consejos obreros. Marx y Engels ya lo habían expresado suficientemente en la época del Manifiesto Comunista, y no hay nada que agregar a su doctrina.

"Los comunistas no tienen intereses que los separen del conjunto del proletariado. No establecen principios sectarios sobre los cuales quisieran modelar al movimiento obrero. Los comunistas se distinguen de los otros partidos obreros solamente en dos puntos: 1) En las diferentes luchas nacionales los pro-

letarios, anteponen y hacen valer los intereses independientes de la nacionalidad y comunes a todo el proletariado. 2) En las diferentes fases por las que atraviesa la lucha entre proletarios y burgueses, representan siempre los intereses del movimiento en su totalidad. Prácticamente, los comunistas son la fracción más resuelta de los partidos obreros de todos los países, la fracción que estimula a todas las otras; teóricamente, tienen con respecto al resto del proletariado la ventaja de una inteligencia clara de las condiciones, de la marcha y de los fines generales del movimiento proletario³⁵.

ERNEST MANDEL
1º de Mayo, 1970.

35. K. Marx, F. Engels: Le Manifeste Communiste, pp. 34-35 des Oeuvres Choieses Moscou, Ed. du Progrès, 1955, volume I.

It is a common error to believe that the
... of the ... is ...
... of the ... is ...
... of the ... is ...
... of the ... is ...
... of the ... is ...
... of the ... is ...
... of the ... is ...
... of the ... is ...
... of the ... is ...
... of the ... is ...

...

...

Títulos publicados en

"CUADERNOS DE COMUNISMO"

N.1 - PROGRAMA DE TRANSICION

de León Trotsky

N.2 - TROSKY MARXISTA

de Denise Avenas

N.3 - ESCRITOS SOBRE ESPAÑA (I)

de León Trotsky

N.4 - TEXTOS SOBRE LA REVOLUCION PERMANENTE

de León Trotsky

N.5 - CONTROL OBRERO, CONSEJOS OBREROS,
AUTOGESTION

de Ernest Mandel

En preparación

N.6 - LA TEORIA DEL FASCISMO EN TROTSKY

de Ernest Mandel



LCR - ETA(VI)